

SONIA GONZÁLEZ FUENTES*

DESCONFIANZA POLÍTICA: EL COLAPSO DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN VENEZUELA**

INTRODUCCIÓN

La democracia venezolana, restablecida en 1958 con el Pacto del Punto Fijo, ha sido objeto de estudio de muchos investigadores que han tratado de buscar las causas de su estabilidad en una región asolada por los autoritarismos. En esta última década, paradójicamente, son numerosos los estudios que abordan la democracia venezolana indagando las causas de su crisis. Revueltas, intentos de golpes de Estado, nuevos actores en la escena política y social, anuncian la ruptura del contrato social y el agotamiento del *puntofijismo*.

Los partidos políticos han sido los actores principales de la democracia venezolana desde su puesta en marcha, penetrando todas las esferas de la vida política y social del país; de ahí que se hayan convertido en el blanco de las críticas. La naturaleza y funcionamiento del sistema de partidos se ha ajustado más a la lógica de los sistemas bipartidistas: Acción Demócrata (AD) y COPEI serán las únicas fuerzas con posibilidades de alcanzar la presidencia y obtener la mayoría parlamentaria. Y se producirá la alternancia en el poder de forma pendular: una gestión

*Candidata al PhD en el departamento de América Latina Contemporánea del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset (IUIOG), Sede Académica de Madrid.

**Agradezco los comentarios realizados a la versión preliminar por Ludolfo Paramio y Carlos Javier Trilles.

juzgada desastrosa por sus resultados se traduce en el triunfo electoral de la oposición (Hidalgo, 1998: 63-107).

A partir de 1989 se observan indicios de que algo comenzaba a cambiar, en tanto los partidos que tradicionalmente habían dominado el panorama electoral (AD y COPEI) fueron derrotados en los estados de Bolívar (gana La Causa R) y Aragua (gana el MAS). Las elecciones de 1993 suponen un punto de inflexión: se pasa de un bipartidismo atenuado a un multipartidismo limitado e inestable. Rafael Caldera, fundador y durante largos años líder de COPEI, gana las elecciones como independiente, apoyado por Convergencia Nacional (partido nuevo conformado por disidentes de COPEI), el MAS y una ristra de pequeños partidos. En 1998, Chávez, un *outsider*, autor de la intentona golpista de 1992, llega a la presidencia.

En 1993 los venezolanos muestran un cambio en sus preferencias, alejándose de los partidos a los que durante dos décadas apoyaron con firmeza, creándose un electorado volátil, que se ha inclinado por opciones radicales y antisistémicas. Se ha incrementado el número de electores que se declaran independientes y apolíticos (no interesados en la política), y los partidos políticos han perdido su credibilidad como instituciones intermediarias entre el Estado y la sociedad civil.

El propósito de este trabajo es buscar los factores que explican la pérdida de confianza en los partidos. Venezuela entró en una “espiral de deslegitimación” (Nun, 1991): un proceso ascendente de pérdida de confianza en el gobierno, frustración de las expectativas creadas y pérdida de confianza en los partidos y sus líderes, acompañado por un repliegue defensivo en la esfera privada cuyos signos han sido el estallido de la protesta social. Se intentará buscar las causas de esta desconfianza en la propia disfuncionalidad del sistema político, ver en qué medida la insatisfacción con los resultados de la gestión de gobiernos sucesivos ha afectado la confianza en los partidos políticos.

El artículo se estructura en cuatro partes. En la primera se hará un análisis del sistema político venezolano: entender su estabilidad y posterior crisis pasa por entender cómo ha funcionado, y cuál ha sido la lógica imperante en el Pacto del Punto Fijo. En la segunda parte se proporcionan algunas indicaciones sobre el diseño de la investigación: concreción de las hipótesis de trabajo, definición de las variables, metodología y datos utilizados en el análisis. Posteriormente, se examinará el comportamiento de la variable dependiente, la confianza política, a lo largo del tiempo. Dicha variable se operacionaliza a través de dos indicadores: identificación partidaria y confianza en las instituciones. Finalmente, se desarrolla un modelo de votante frustrado, que incluye la evaluación del desempeño económico del gobierno y el optimismo sobre el futuro como variables independientes. Se presenta y se discute la especificación de dicho modelo para el caso venezolano, y se intenta comprobar su eficacia empírica.

LOS FUNDAMENTOS DEL PACTO DEL PUNTO FIJO

CORRIENTES EXPLICATIVAS SOBRE LA ESTABILIDAD DEL RÉGIMEN
DEMOCRÁTICO VENEZOLANO

Con casi cuatro décadas de existencia, la democracia venezolana ha logrado una estabilidad excepcional en su historia republicana, constituyendo además un *outlier* en la región para el mismo período. Venezuela se convirtió en lo que algunos observadores norteamericanos han considerado el escaparate de exhibición de la democracia en América Latina. Se ha discutido sobre los factores que han contribuido a dicha estabilidad, y que algunos han visto como requisito de su consolidación. Esta discusión está marcada por la importancia que se le ha concedido al petróleo como variable independiente.

Son interesantes los planteamientos de Karl, quien sostiene que el petróleo creó las condiciones estructurales para el surgimiento y mantenimiento del régimen democrático, y que en ese punto los pactos desempeñaron un papel fundamental en la gobernabilidad (Karl, 1986). En su obra *The paradox of plenty. Oil booms and Petro-States*, Karl analiza el caso venezolano junto con otras economías petroleras, fundamentalmente países de la OPEP, a los que denomina *Petro-Estados*¹ para explicar por qué países altamente dependientes de las exportaciones petroleras tienen un pobre desempeño económico y social (Karl, 1997). Su argumento principal es que los ingresos fiscales del Estado se hacen altamente dependientes del ingreso externo petrolero² y, al no tener costo interno la forma en que se gasta y distribuye un ingreso, ello crea incentivos que influyen de forma determinante sobre la organización institucional y política. Pero hay una paradoja que Karl no termina de resolver: ningún otro Petro-Estado, salvo Venezuela, es conocido por su éxito con la democracia. Como ya han señalado algunos autores, democracia y petróleo no combinan bien. El petróleo es un factor que depende de condiciones externas que no maneja el Estado, lo que torna la estabilidad democrática vulnerable a los shocks que se producen en dicho sector: La democracia venezolana ha sobrevivido cuatro décadas, y en esas cuatro décadas ha superado auges y caídas del petróleo. Quizás sea demasiado tarde para establecer una relación causal entre la caída de los precios del petróleo en el gobierno de Herrera Campíns y la situación a partir de 1992. Por otra parte, la “culpa” no está tanto en el recurso natural como en la relación que el Estado establece con el

1 Algunos especialistas venezolanos sostienen, criticando a Karl, que es más adecuado hablar de Estado rentista que de Petro-Estado. El Estado depende de una renta que es independiente de los niveles de productividad de una sociedad. El elemento rentista, y no la variable petrolera, debe ser tomado como elemento central.

2 Se trata de los efectos perversos de la llamada “enfermedad holandesa”. Consiste en un proceso por medio del cual un crecimiento exponencial de un sector de la economía deprime al resto.

ingreso que produce su exportación; cuando el petróleo se produce en una sociedad como la holandesa o la noruega los resultados son totalmente diferentes (Álvarez et al., 2000).

El argumento de Karl es demasiado estructuralista, no hay espacio para que los individuos puedan dinamizar los procesos de cambios y crear nuevas instituciones. Con esto no se está negando el papel protagónico que tiene la variable petróleo; simplemente que lo que algunos ven, como el caso de Karl, como una propiedad estructural que, junto con los pactos, condiciona negativamente la posibilidad de transformación política, en el presente trabajo se recoge en forma de incentivos, oportunidades, y constreñimientos. La tesis de Karl, por tanto, debe complementarse con aportes de otros analistas, que privilegian las variables políticas e institucionales. En este sentido, una tesis muy interesante es la que se empezó a configurar con el trabajo de Levine, *Conflict and political change in Venezuela*, que luego fue desarrollada por Rey. Estos autores dan mayor peso a la naturaleza de las reglas del juego como estructuras que moldean los incentivos y la conducta de los políticos y ciudadanos. Levine alabó el Pacto del Punto Fijo como mecanismo institucional que permitió a las elites mantenerse en una estrategia cooperativa para enfrentar exitosamente las disputas partidistas y de intereses, y las amenazas a la democracia (Levine, 1973). Rey también ha enfatizado el papel de las elites en la constitución del sistema político venezolano. Según Rey, la renta petrolera fue el instrumento que permitió que dicho juego no fuera de suma cero. No había ningún perdedor y, al mismo tiempo, permitía aumentar los pagos en caso de que algún jugador decidiera optar por una estrategia no cooperativa (Rey, 1989).

Sobre lo que sí existe consenso en la literatura es sobre la centralidad y fortaleza de los partidos políticos³ en la vida política venezolana. Las principales fuerzas políticas, AD y COPEI, lograron estructurar una relación fundamental entre el Estado y la sociedad, que ha permitido la estabilidad del régimen democrático a largo plazo. Levine señalaba que “la política venezolana puede ser descrita como un sistema de partidos. Son los partidos políticos los que monopolizan la acción política” (Levine, 1973). Sin embargo, no todos los autores han visto la centralidad y fortaleza de los partidos como una virtud de la democracia. Coppedge tiene una visión más crítica: concluye que Venezuela sufre un caso extremo de partidocracia. El autor señala que el grado en que la partidarquía se desvía de las normas de la poliarquía depende del grado de interferencia de los partidos en los requisitos de la democracia (Coppedge, 1993). La idea de que Venezuela es una partidocracia ha ido ganando aceptación en la última década.

3 Mainwaring y Scully (1997) señalan que ningún otro sistema presidencial del mundo posee partidos tan fuertes.

Parece lógico pensar, entonces, que si los graves problemas económicos y financieros que en la última década ha confrontado Venezuela, y la creciente insatisfacción en relación con los logros del gobierno, han conducido a un cuestionamiento del contrato social inaugurado en 1958, ello se reflejaría en la actitud hacia los partidos políticos como instituciones centrales del sistema. En este sentido, el objetivo del trabajo es hallar una explicación a los cambios que se han venido dando en las actitudes y los patrones de comportamiento político-electoral de los venezolanos a partir de 1993, y buscar las causas de la desconfianza política en relación con la crisis del sistema de partidos.

ELEMENTOS PARA ENTENDER EL SISTEMA POLÍTICO VENEZOLANO

El sistema político venezolano actual se configura a partir de 1958 tras el derrocamiento del dictador Pérez Jiménez. Para evitar los errores y deficiencias del trienio 1945-1948, los líderes de los tres partidos principales, Rómulo Betancourt (AD), Rafael Caldera (COPEI) y Jóvito Villalba (Unión Republicana Democrática, URD), firmaron el Pacto del Punto Fijo. Dicho pacto compromete a los firmantes a asegurar la estabilidad del régimen naciente, manteniendo una estrategia cooperativa para resolver los problemas relacionados con la gobernabilidad, y respetando los resultados de los comicios como base de la alternabilidad política. Al existir un consenso entre los actores sobre las bases fundamentales del régimen político, este hecho amortigua las diferencias partidistas y le otorga un nivel de moderación a la competencia partidista. Pero el espíritu del Pacto del Punto Fijo fue más allá, e incluyó a otros actores: el sector empresarial (a través de Fedecámaras) y la organización de los trabajadores (a través de la Confederación de Trabajadores de Venezuela, CTV), asegurando de esta forma la paz social; las Fuerzas Armadas, insistiendo en el papel profesional de los militares, y limitando su competencia a aquellos asuntos que afectan directamente la seguridad militar y la defensa nacional; y la iglesia, estableciendo un *modus vivendi* entre la iglesia y el Estado, reconociéndole autonomía en sus áreas de actuación y garantizándole ciertos privilegios.

Rey ha denominado a este diseño institucional *sistema populista de conciliación*, consistente en un complejo sistema de negociación y acomodación de intereses heterogéneos, en el que los mecanismos de tipo utilitario desempeñaron un papel central en la generación de apoyos al régimen y, por consiguiente, en el mantenimiento del mismo. Las nuevas “reglas del juego” no sólo se plasmaron en la Constitución de 1961, sino también en un conjunto de reglas y arreglos institucionales, informales pero reales (Rey, 1991: 533-578).

El funcionamiento de dicho modelo se ha basado en los siguientes elementos.

PETRÓLEO COMO LUBRICANTE DE LA SOCIEDAD

El modelo de desarrollo venezolano, implantado desde mediados de los años cuarenta, ha sido caracterizado como de capitalismo rentista (Baptista y Mommer, 1992). El ingreso de origen petrolero es un *excedente rentístico* que va originalmente a manos del Estado, que lo distribuye, transfiriéndolo a los particulares a través de mecanismos diversos (Kornblith, 1994: 143-157):

- Gasto público en tanto generador de sueldos y salarios (gasto corriente), inversión productiva y en infraestructura (inversión pública), y transferencias en forma de subsidios, préstamos y exoneraciones a diversos sectores sociales.
- Bajo nivel de tributación.
- Sobrevaloración del tipo de cambio y la libertad cambiaria, que permitieron subsidiar la compra de moneda extranjera y la adquisición de insumos en el exterior, sobre todo para apoyar el modelo de industrialización por sustitución de importaciones.

El esquema rentista eximió, por tanto, al Estado de la disyuntiva de extraer recursos de un sector de la sociedad para transferirlos a otro, atendiendo de una manera satisfactoria las demandas y expectativas de los distintos sectores sociales sin generar conflictos distributivos. Esto ha permitido a los partidos políticos constituirse sobre una base policlasista fundamental, articulando de esta manera un alto nivel de agregación de demandas.

Sin embargo, hay que tener presente que, como ha señalado Caravozzi (1991: 85-113), en regímenes políticos vinculados con la *matriz Estado-céntrica*, la legitimidad depende de la capacidad para distribuir beneficios o de un mito fundacional, de tal forma que, cuando los regímenes no tengan la capacidad para ofrecer beneficios tangibles o sus mitos fundacionales se debiliten, los procedimientos de toma de decisiones no contribuirán a reforzar la legitimidad del régimen de abajo hacia arriba.

Combinación, de una forma sui generis, de dos modalidades básicas de transmisión y realización de las demandas

- Semi-corporativismo. Un sistema como el que se quería implantar, que intentara agregar y articular intereses diversos y heterogéneos, requería que estos estuviesen representados por un número relativamente pequeño de actores, y que tales representantes contaran con suficiente autoridad para llegar a acuerdos que comprometieran y obligaran efectivamente a sus representados. Se privilegió la relación con el movimiento sindical cetevista (CTV) y el sector empresarial (Fedecámaras), forjando una concertación

social, incorporándolos a un sistema de consulta y diálogo en materia relacionada con política económica y socio-laboral.

Esta forma de hacer política ha sido subrayada por la mayoría de los analistas, pero se coincide con Rey en lo que respecta a la idoneidad del término semi-corporativismo en lugar de corporativismo, dada la falta de autonomía de las organizaciones sociales (Rey, 1991). Los partidos políticos controlan y condicionan al resto de las estructuras por vía directa, o por vía indirecta a través del Estado. Han sido el eje de la vida política y la organización social, ya que, como señala Coppedge, “han logrado penetrar y obtener el control de casi todas las demás organizaciones privadas, hasta un grado inusitado en las sociedades democráticas” (Coppedge, 1993). Hasta el punto de que esa penetración se ha convertido en una forma de competencia simbólica entre los partidos.

- Clientelismo político. Es una forma de representación de intereses particularizados⁴. El vínculo clientelar convierte al representante en un broker ante el Estado, es decir, le permite ciertas prerrogativas (enriquecerse de forma ilegítima, manejar el sufragio en su propio interés) siempre que garantice al representado la defensa de sus intereses particulares (seguridad y ventajas materiales).

El clientelismo contribuye además a la formación de grupos de poder dentro de las organizaciones partidarias, otra regla del juego que hay que seguir si se quiere tener éxito. La mayoría de los análisis llevados a cabo sobre el funcionamiento de los partidos políticos venezolanos coinciden en apuntar el faccionalismo como síntoma más notorio de su deterioro. Las luchas por el control del aparato partidista son constantes, y continuamente los medios de comunicación se hacen eco de ello. Multitud de ismos copan la escena política: lusichismo, carlosandresismo, herrerismo, etcétera. Y los que ayer parecían enemigos irreconciliables hoy conforman una coalición para enfrentarse a quienes están tomando demasiada ventaja. Así, por ejemplo, Carlos Andrés Pérez, al referirse a la expansión del clientelismo político dentro de su partido, lo definía como “la capacidad que puede tener un compañero o un grupo de compañeros dentro de su partido para ofrecer posiciones y prebendas a cambio de lealtad o un apoyo incondicional”.

4 Heredia (1997) ha definido el clientelismo como “un conjunto de reglas y prácticas para la organización política, la representación y el control de las demandas sociales, basado en la subordinación política de los ciudadanos a cambio de la provisión discrecional de recursos y servicios públicos, a los que en principio, según la ley, todos tienen acceso abierto”.

Áreas tan vitales como la educación, la salud, la prestación de servicios en general, etc., han sido orientadas en función de las necesidades clientelares y faccionales de los partidos, afectando el cumplimiento eficaz y eficiente de las metas y objetivos de multitud de organizaciones, instituciones y empresas públicas.

Obviamente, estos modos de hacer política buscan ampliar los niveles de colaboración y movilización, y necesitan una tasa sostenida de excedente económico y variados mecanismos redistributivos. Ante esto, cabe preguntarse qué ocurre en momentos de crisis, cuando los mecanismos distributivos tienden a debilitarse y no se han desarrollado formas alternativas de lealtad al sistema.

Bipartidismo

Desde que se instauró la democracia en 1958, tras el derrocamiento del dictador Pérez Jiménez, AD –socialdemócrata– y COPEI –democratacristiano– han gobernado el país alternadamente. En Venezuela al bipartidismo se le da nombre de fruta, la *guanábana*, por los colores emblemáticos de AD, blanco, y COPEI, verde. La oposición, si cabe llamar oposición a la fuerza que resulta del partido perdedor y no competidor, sería en todo momento una “oposición leal”, en la conocida proposición de Juan Linz. Una oposición responsable que opera con solidaridad acrítica y comparte con el equipo de gobierno la tarea de llevar adelante el proyecto democrático.

La orientación de estos partidos es crecientemente pragmática: se han convertido en partidos *catch-all*, es decir, se limitan a una pura competencia por el éxito electoral. Tienen una base policlasista, y las diferencias ideológicas y demográficas no resultan significativas (Baloyra y Martz, 1979). El acomodamiento de los venezolanos al esquema de competitividad interpartidista se realizaba en la “fiesta electoral” (Torres, 1982: 19-46), estimulado por el clientelismo partidista y las expectativas de bienestar y movilidad social.

Pueden distinguirse tres etapas en el sistema de partidos venezolano⁵. Hasta 1973 podría definírsele como multipartidismo moderado, en el que las coaliciones de gobierno y los acuerdos interpartidistas copan el escenario político. A partir de 1973 se establece el eje bipolar en torno a AD y COPEI, únicas fuerzas con posibilidad de ganar la presidencia. En 1993 ninguna de estas dos organizaciones logró imponer su candidato en el Palacio de Miraflores. El ocaso del bipartidismo se hace evidente. El hombre que ganó entonces las elecciones, como independiente apoyado por una coalición co-

5 Ver Hidalgo (1998) y Molina (2002). Estos autores utilizan los criterios de Sartori: número de partidos y distancia ideológica entre ellos. Según este autor (Sartori, 1976), la estabilidad de la democracia será mayor a menor número de partidos relevantes en los sistemas competitivos y menor distancia ideológica entre ellos.

yuntural, fue Rafael Caldera, alma y esencia de COPEI. Vuelve a Miraflores con 25 años más, apoyado por una coalición denominada Convergencia, en la que participa el tercer partido del país, el MAS. En diciembre de 1998, en un giro sin precedente, AD y COPEI se unieron en torno a un candidato extra-partido (Salas Römer), pero apenas lograron hacerse con el 10% de los votos. Hugo Chávez, un *outsider*, un candidato sin base partidista y con escasa trayectoria política, alcanza la presidencia con una de las votaciones más altas logradas por candidato alguno en la historia electoral.

DATOS, VARIABLES Y METODOLOGÍA

VARIABLES DEPENDIENTE E INDEPENDIENTE

Las tendencias históricas de la conducta electoral muestran que la hipótesis del premio-castigo ha funcionado en Venezuela (Key, 1964: 568). Desde 1963 hasta 1989 el gobierno ha perdido todas las contiendas. El voto se ha movido de forma pendular: la población ha tendido a votar por la oposición para castigar al gobierno de turno por su mala gestión. El partido de la oposición siempre ha basado su campaña en un cuestionamiento severo de la obra del gobierno, y ha planteado la elección como un plebiscito en torno a la misma (Torres, 1982: 19-46).

Pero las elecciones de 1993 marcan un punto de inflexión: el sistema de partidos entra en una “fase de desinstitucionalización” (Molina, 2002: 487-496). Gana las elecciones un independiente, Rafael Caldera, apoyado por una nueva fuerza política, Convergencia Nacional. La *guanábana* sufre una merma drástica respecto de las elecciones de 1988: AD pierde un 65,75% de votos y COPEI un 56,81%; y un partido político nuevo, La Causa R, fortalece su posición. Aunque Caldera es una figura de la política tradicional, su elección revela que algo estaba empezando a cambiar; el bipartidismo tradicional quiebra y da lugar a una situación de multipartidismo moderado (ver Molina y Pérez, 1994). En 1998 se afianza la tendencia abierta en 1993. La presidencia quedaba planteada entre dos independientes, Salas Römer y Hugo Chávez. AD y COPEI, ante la imposibilidad de imponerse en las presidenciales, deciden apoyar al candidato independiente mejor ubicado en las encuestas, Salas Römer. El voto de castigo se canalizó contra el partidismo: Chávez, jefe de la fracasada insurrección del 4 de febrero, gana las elecciones con el 56% de los votos. Se abre un nuevo *cleavage*: partidismo-antipartidismo (Ramos, 1999: 35-42).

La hipótesis central que se pretende contrastar es que la incapacidad de gobiernos sucesivos de ofrecer resultados estables (neutros o positivos) desde el punto de vista del ciudadano ha ido erosionando la confianza en el gobierno. Y esta insatisfacción o descontento con los gobiernos se ha traducido en desconfianza en los partidos políticos, cuando estos, en su conjunto, frustran las expectativas de los electores.

Se considerará como *variable dependiente* la confianza en los partidos políticos. Se define dicha variable como la utilidad esperada de la actuación satisfactoria de dichas instituciones. Siguiendo a Luhmann (1990), hay que diferenciar y medir dos dimensiones en la variable dependiente: la confianza explícita (*trust*) es la que se deposita a la hora de tomar decisiones de riesgo en una persona o institución. La identificación con un partido conlleva una confianza explícita, ya que cada vez que se lo vota se está tomando una decisión en condiciones de riesgo. La confianza implícita (*confidence*) es la que se manifiesta al recurrir de forma rutinaria a personas o instituciones en la actividad social. La confianza implícita se va a medir a través de la confianza institucional; así, cuando se vota por un partido se considera que dichas instituciones son los canales más adecuados para articular y canalizar las demandas al sistema político.

Esta pérdida de confianza en los partidos puede haber dado lugar a un nuevo tipo de elector, *el votante frustrado*. La conducta frustrada se caracteriza por ser una conducta aleatoria que puede desarrollar un actor cuando la estrategia seleccionada por ofrecer los mejores resultados, en este caso los partidos políticos, deja de hacerlo a partir de un determinado momento (Eckstein, 1991). Los votantes primero pierden la confianza en los partidos a los que habían apoyado tradicionalmente (AD y COPEI), y al intentar comportarse como electores utilitarios, votando a Caldera –un líder político tradicional que se presenta a las elecciones como independiente, encarnando una ruptura con el pasado–, tampoco obtienen los resultados esperados. Esta frustración se ha traducido en agresividad frente a la necesidad de elegir entre opciones igualmente malas. En este trabajo se pretende probar la eficacia empírica de un modelo de votante frustrado, considerando como conducta frustrada el voto a Chávez en 1998.

La variable independiente es la evaluación del desempeño económico del gobierno. Se admite en este trabajo que la confianza en las instituciones políticas depende de la evaluación que los ciudadanos hacen de sus *outputs*. Como señala Weatheford (1984; 1987), se asume que el gobierno posee las herramientas y las habilidades para resolver los problemas sociales. De este modo, la evaluación de la actuación de las instituciones políticas muestra la reputación de las mismas y del sistema político en cuanto tal. Parece razonable pensar que en Venezuela la hipótesis del “voto económico” (Echegaray, 1996a; 1996b) se ha convertido en el eje sustantivo, a través del cual las administraciones son juzgadas y los gobiernos son premiados o castigados, dada la severa crisis económica desencadenada desde 1983 y las reformas estructurales y ajustes fiscales aplicados⁶ posteriormente. Por otra parte, dada la cul-

⁶ El entendimiento subyacente consistía en que la reforma macroeconómica transformaría las condiciones económicas para el desarrollo sostenido. Ver Gill (1994).

tura del paternalismo estatal que ha acompañado a la matriz Estado-céntrica, la conexión en términos de responsabilidad entre el gobierno y las condiciones económicas es directa. Además, la política electoral venezolana ha estado dominada por el voto clientelista, basado en el intercambio del apoyo en las urnas por beneficios personales.

Dicha variable se operacionalizará a través de los siguientes indicadores. Por un lado, por medio de la evaluación de la política económica del último gobierno –se trata de un juicio retrospectivo del desempeño económico. Y, por el otro, a través del optimismo-pesimismo de la situación personal futura. Se opta por la dimensión egotrópica porque, como ya se ha mencionado, la lógica del intercambio particularizado es la base de la representación política en Venezuela; pero también, utilizando un argumento algo más simplista, porque en una situación de crisis económica la gente busca su supervivencia y la de su familia, y lo que demanda es que se detenga el deterioro de su situación material.

DATOS Y METODOLOGÍA

Se trabajará con fuentes secundarias. Los datos provienen de cuatro encuestas de opinión pública.

La encuesta Baloyra 73 es considerada la primera medición confiable de actitudes políticas en el período democrático. La mayor parte de la literatura sobre comportamiento político hace referencia a ella. Fue diseñada por dos profesores, Enrique Baloyra y John Martz, y se administró en noviembre de 1973 a una muestra de 1.500 personas. Fue analizada por estos mismos investigadores y sus resultados pueden encontrarse en un libro considerado pionero en este tema, *Political attitudes in Venezuela. Societal cleavages and political opinion*, publicado en 1979. Dichos datos se encuentran en el Banco de Datos de la Universidad Simón Bolívar. Esta encuesta va a marcar un precedente para las subsiguientes que se han realizado, de ahí la posibilidad de su comparación.

La encuesta Batoba 83 también es punto de referencia de la literatura. Diseñada por Enrique Baloyra y Arístides Torres, fue administrada en noviembre de 1983 a una muestra nacional de 1.717 personas.

La encuesta Ciepa/Doxa 93 fue dirigida por el Centro de Investigaciones y Estudios Políticos y Administrativos de la Universidad del Zulia (hoy Instituto de Estudios Políticos y Derecho Público). El trabajo de campo fue realizado por Doxa CA durante mayo-junio de 1993. Se realizaron 1.500 entrevistas a nivel nacional.

La encuesta Redpol 98 fue preparada por la Red Universitaria de Estudios Políticos, integrada por investigadores de la Universidad Simón Bolívar, la Universidad Central de Venezuela, el Instituto de Estudios Superiores de la Administración y la Universidad del Zulia. El

trabajo de campo fue realizado por Datos CA entre el 13 y el 27 de noviembre de 1998, con una muestra de 1.500 personas.

Estas son encuestas hechas a toda la población, y contienen información sobre las variables incluidas en el análisis. Los años en los que han sido administradas estas encuestas han marcado un punto de inflexión en la vida política venezolana. En 1973 empieza a consolidarse el bipartidismo que ha monopolizado la arena política durante casi tres décadas. La contienda electoral que tuvo lugar ese año (primer gobierno de Carlos Andrés Pérez) se desarrolló en una situación económica favorable, y con posterioridad a esa fecha se abrió un período de bonanza económica ocasionada por la elevación de los precios del petróleo. Esta situación contrasta con la existente en la contienda de 1983. En este año se manifiestan los primeros síntomas de la crisis económica que se venía gestando años atrás, y que viene marcada por el *Viernes Negro* (la primera devaluación en veinte años). En 1993, y teniendo que hacer frente a una de las más graves crisis que ha padecido el país desde la puesta en marcha de la democracia, Rafael Caldera gana las elecciones como independiente, rompiendo definitivamente con el bipartidismo. Los resultados de las elecciones de 1998 confirman el final de los viejos partidos.

Se realizará una explotación estadística de las bases de datos disponibles. Para determinar la evolución de la variable dependiente, se trabajará con las cuatro encuestas que abarcan un período de tiempo más o menos largo, aunque el período objeto de estudio es 1993-1998. La función del votante frustrado se ha estimado a través de un modelo de regresión logística, dada la naturaleza dicotómica de dicha variable.

IDENTIFICACIÓN PARTIDARIA Y CONFIANZA INSTITUCIONAL

IDENTIFICACIÓN PARTIDARIA: CONCEPTO Y MEDICIÓN. EVOLUCIÓN EN EL TIEMPO

En Venezuela, los partidos políticos han penetrado la vida política y social hasta un grado inusitado. *Partidarquía* ha sido el término que Coppedge ha dado al sistema político venezolano. Las identidades partidarias venezolanas casi no se han apoyado en clivajes sociales (Lipset y Rokkan, 1992) o ideológicos, sino que se basan en un componente afectivo fuerte. Son partidos policlasistas, y la diferencia entre uno y otro no se encuentra tanto en el plano de las ideas como en el de los afectos. Conceptualmente se definirá dicha variable, siguiendo a Campbell, como la “orientación afectiva de un individuo hacia un importante grupo-objeto en su medio” (Campbell et al., 1960).

Empíricamente, por identificación partidaria se entiende: el número de personas que se declaran identificadas con algún partido, y la fuerza de los vínculos entre los partidos y los ciudadanos a la hora de decidir el

voto⁷. Por tanto, hay dos dimensiones que medir, una de orden cuantitativo y otra de orden cualitativo. A priori la hipótesis que se mantiene es que hay un creciente número de electores independientes, y es este el electorado que, al fluctuar de un partido a otro, ha generado inestabilidad y cambios. Pero, además, las identidades partidarias son más débiles y, por tanto, más susceptibles de cometer una infidelidad respecto de su partido.

En cuanto a la dimensión cuantitativa, las cuatro encuestas disponen de una variable que permite dicha medición. Para hacer posible su comparación, se ha recodificado dicha variable siguiendo el criterio de Pereira, distinguiendo entre partidistas y no partidistas (Pereira, 1999: 41-50). Dentro de los partidistas se ha incluido a militantes y simpatizantes, y dentro de los *no partidistas* a independientes y no interesados⁸. Como puede observarse en el Gráfico 1, el porcentaje de partidistas ha descendido casi en veinte puntos de 1973 a 1993. En 1998 aumenta sensiblemente, pero se incluyen en la categoría de partidistas a militantes y simpatizantes de Patria Para Todos, Movimiento Irene, Movimiento V República y Proyecto Venezuela. Todos estos movimientos surgen para servir de plataforma electoral a un líder, y aún no cuentan con peso ni respaldo propio más allá de ese líder. Por tanto, al no tener una identificación partidista estable producto de un proceso de socialización política, puede excluirse⁹ de esta categoría a estos movimientos, asegurando de esta manera su comparabilidad con el resto de las encuestas. Teniendo en cuenta solamente a los identificados con fuerzas políticas tradicionales (AD, COPEI, La Causa R y Convergencia¹⁰), el porcentaje se reduce de forma significativa a un 14,2% (ver Gráfico 2).

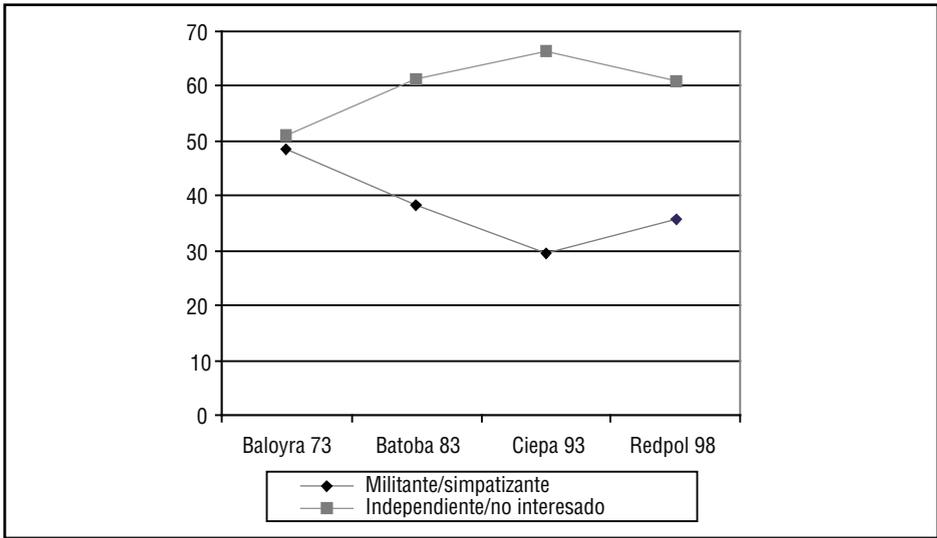
7 Abramson (1987; 1992) se basa en las preguntas usadas para medir la identificación partidaria desde 1952 por el Survey Research Center of the University of Michigan (SRC). Desde 1952 el SRC ha formulado las mismas preguntas básicas: "En términos generales, ¿suele pensar en sí mismo como un republicano, un demócrata, un independiente, o qué?". A las personas que han contestado "republicanos o demócratas" se les pregunta luego: "¿Se consideraría un firme (republicano, demócrata) o no muy firme?". A las personas que contestaron "independientes" o que responden "ninguna preferencia" o nombran otro partido, se les pregunta "¿Se considera más próximo al partido republicano o al demócrata?".

8 En Ciepa 93 hay tres preguntas para medir la identificación partidaria: una clasifica al entrevistado como identificado con un partido o independiente, y otra pregunta filtro clasifica a los que se identifican con algún partido como militantes o simpatizantes; hay una tercera pregunta que clasifica a los entrevistados como interesados o no interesados en la política. Se va a crear una nueva variable siguiendo la recomendación de Molina (2000). Para hacer comparables los resultados se agregará a los simpatizantes no interesados en la categoría de no partidistas, pues en ciertos tópicos los simpatizantes no interesados se comportan como los independientes (Pereira, 1999).

9 Aplicando estrictamente los criterios de institucionalización de Mainwaring y Scully (1997), y siguiendo el concepto de Converse anteriormente propuesto (Campbell, Converse, Miller y Stokes, 1960).

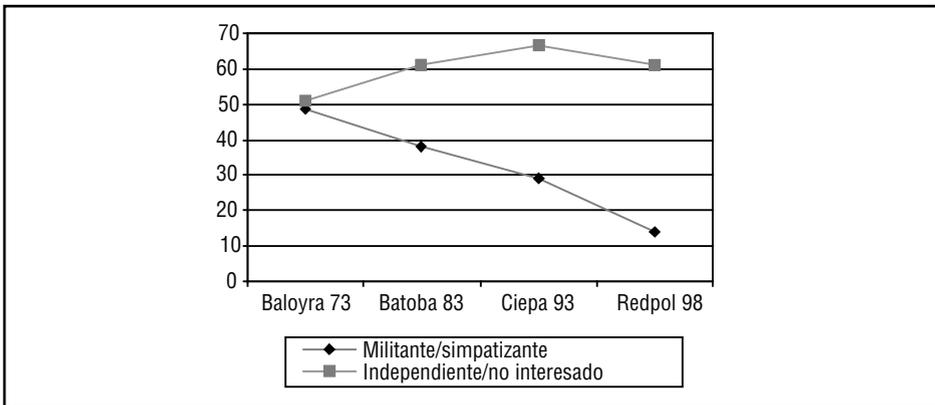
10 Se incluye a Convergencia Nacional porque se trata de un movimiento nuevo que se constituyó fundamentalmente con disidentes de COPEI para apoyar la candidatura de Rafael Caldera.

Gráfico 1
Evolución de la identificación partidaria
(Partidos tradicionales + Plataformas electorales)



Fuente: elaboración propia.

Gráfico 2
Evolución de la identificación partidaria
(Partidos tradicionales)

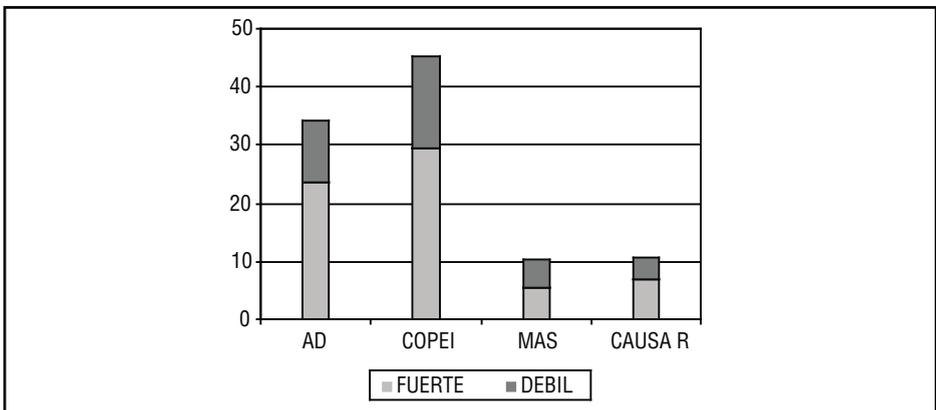


Fuente: elaboración propia.

En cuanto a la segunda dimensión, la cualitativa, no se dispone de dicha medición en Baloyra 73 ni en Batoba 83. Hay que advertir que el quiebre del

bipartidismo se produce en 1993, y hubiera sido interesante poseer datos de 1983 para comparar los dos años. No obstante, en el período 1993-1998 se llega a las siguientes conclusiones: ha disminuido el porcentaje de aquellos que afirman tener un vínculo fuerte con un partido de 26,8% en 1993 a 10,2% en 1998, y también de los que afirman tener un vínculo débil, de un 14% en 1993 a un 4% en 1998. Esta disminución viene a confirmar el incremento de los independientes. Ahora bien, si se observan los gráficos 3 y 4, se puede comprobar que tanto en 1993 como en 1998, en mayor medida, la mayoría de los que se identifican con un partido declaran tener un vínculo fuerte con dicho partido. Llama la atención que aquellos que declaran tener un vínculo más fuerte con el partido sean los adherentes a los movimientos emergentes, especialmente al Movimiento V República y Patria para Todos, ya que se trata de movimientos creados *ad hoc*, que carecen de respaldo propio y de estructura organizativa con vocación para permanecer en el tiempo. Es probable que los que dicen identificarse con estos movimientos hayan sido independientes (en los gráficos 1 y 2 se ve cómo en 1998 disminuyen los independientes) y desertores de COPEI, sobre todo aquellos que se identifican con Proyecto Venezuela¹¹. Comparando los gráficos 3 y 4 se corrobora el proceso de decaimiento de COPEI, que se inició con la salida de su fundador Rafael Caldera en 1993. Podría esperarse una fase de realineamiento, pero dado el carácter personalista de estos movimientos, y tal como el tiempo ha puesto de manifiesto, parece difícil.

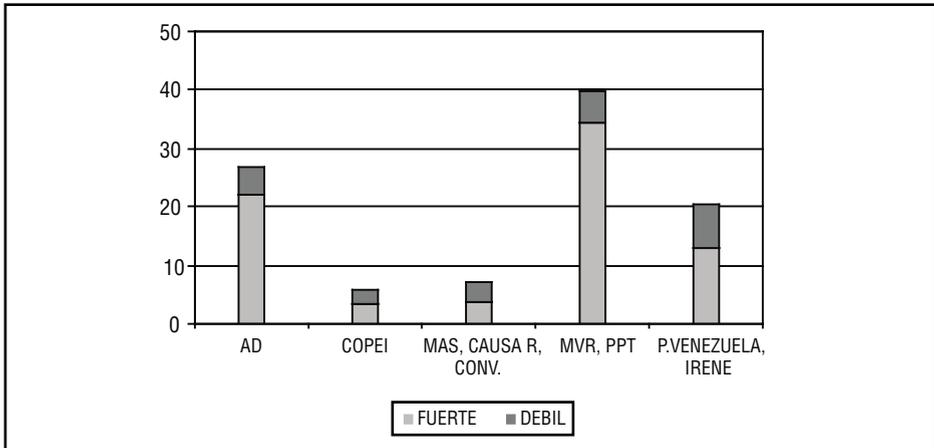
Gráfico 3
Intensidad de la identificación partidaria, 1993



Fuente: elaboración propia.

¹¹ En 1989 Salas Römer gana las elecciones en el Estado de Carabobo como independiente pro-COPEI. Por esta razón, cuando da el salto a la arena nacional, y dado el proceso de decaimiento de COPEI, despliega una operación para conquistar a los militantes y simpatizantes de COPEI.

Gráfico 4
Intensidad de la identificación partidaria, 1998



Fuente: elaboración propia.

DECISIÓN DE VOTO: MENOR IMPACTO DE LA IDENTIFICACIÓN PARTIDARIA

AD y COPEI han gobernado desde que se instauró la democracia en 1958. Durante la mayor parte de este tiempo el voto se ha caracterizado por concentrarse casi exclusivamente en estos dos partidos (ver Cuadro 1). Esta estabilidad en el voto es el reflejo de unas identidades partidarias definidas y sólidas. Pero los resultados electorales de 1993 revelan una fase de desalineamiento. Entre los síntomas que caracterizarían a dicha fase, Dalton y Wattenberg (1993) señalan en primer lugar la erosión de los vínculos partidistas. La importancia de dicha variable deriva de los efectos directos que tiene sobre la decisión de voto y las actitudes hacia el sistema político en su conjunto, en la medida en que orienta las preferencias políticas de las personas y sirve como atajo informativo en un momento en el que la información es cada vez más amplia y más compleja.

Cuadro 1
Votos acumulados por AD+COPEI (en porcentaje)

| Año | Presidencia | Congreso |
|------|-------------|----------|
| 1973 | 84,00 | 64,65 |
| 1978 | 89,90 | - |
| 1983 | 91,50 | - |
| 1988 | 92,90 | 74,30 |
| 1993 | 45,34 | 45,98 |
| 1998 | 11,10 | 36,10 |

Fuente: Consejo Supremo Electoral.

En 1993, los venezolanos muestran un cambio en sus preferencias, creándose un electorado volátil, el cual se ha inclinado por opciones radicales y antisistémicas. En 1988, la volatilidad para el voto presidencial fue de 9,33 y en 1998 aumentó a 75,03 (ver Cuadro 2).

Cuadro 2
Algunos indicadores del comportamiento electoral

| Año | Volatilidad electoral* | | Nº efectivo de partidos** | |
|------|------------------------|----------|---------------------------|------|
| | Presidente | Congreso | Ne | Np |
| 1973 | 34,66 | 34,03 | 3,37 | 2,73 |
| 1978 | 14,13 | 18,20 | 3,15 | 2,66 |
| 1983 | 17,03 | 15,97 | 3,00 | 2,43 |
| 1988 | 9,33 | 13,75 | 3,41 | 2,86 |
| 1993 | 49,15 | 37,10 | 5,71 | 4,83 |
| 1998 | 75,03 | 41,00 | 3,80 | 7,60 |

Fuente: Consejo Supremo Electoral.

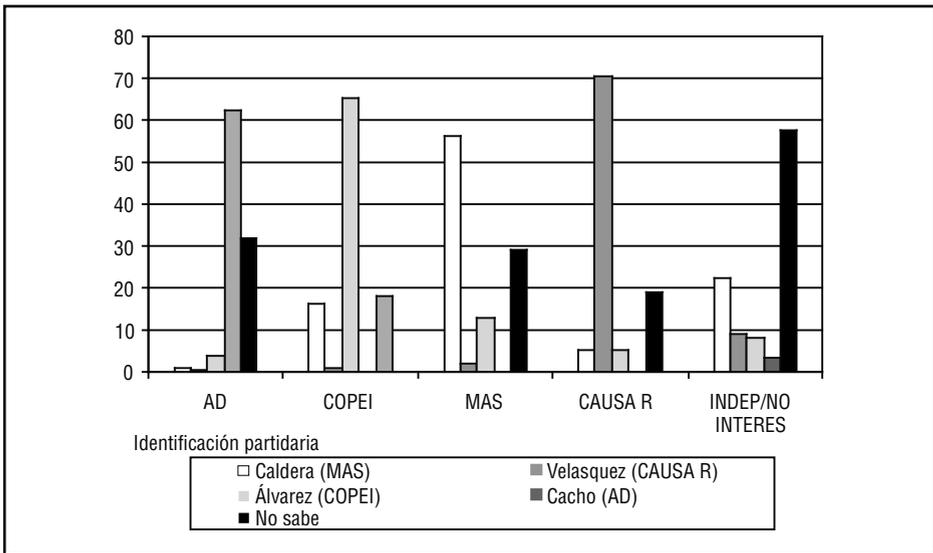
* El Índice de Volatilidad mide el porcentaje mínimo de votantes que han debido cambiar su voto entre una convocatoria y la siguiente para que se produzcan los resultados electorales observados.

** El Número Efectivo de Partidos se ha realizado de acuerdo con la fórmula establecida por Laasko y Taagepera: Ne=Número de partidos electorales; Np=Número de partidos parlamentarios.

Para comprobar empíricamente el menor impacto de la identificación partidaria en la decisión de voto, se ha cruzado la identificación partidaria por la intención de voto para los años 1993 y 1998. Hay que advertir que, dado el porcentaje de no partidistas, será este grupo el que decida las elecciones tanto en 1993 como en 1998. En el Gráfico 5, para el año 1993, se observa cómo la mayor parte de los no partidistas no tienen decidido aún su voto, y los que sí lo tienen optan por Rafael Caldera. Aquellos que se identifican con AD y COPEI son más susceptibles

de traicionar a sus partidos. En el caso de los “adecos”, una parte todavía no tiene decidido su voto (32,1%), y el resto votará por su candidato. Entre los “copeyanos”, más de la mitad (65%) votará por el candidato de su partido, y el resto aún no lo tiene decidido, o votará por Caldera. Por tanto, el gráfico es bastante ilustrativo y confirma la menor relevancia de la identificación partidaria en la decisión de voto. No sólo entre el creciente número de no partidistas, sino también entre los que se definen políticamente como “adecos” o “copeyanos”, se manifiesta la intención de ser infieles a su partido.

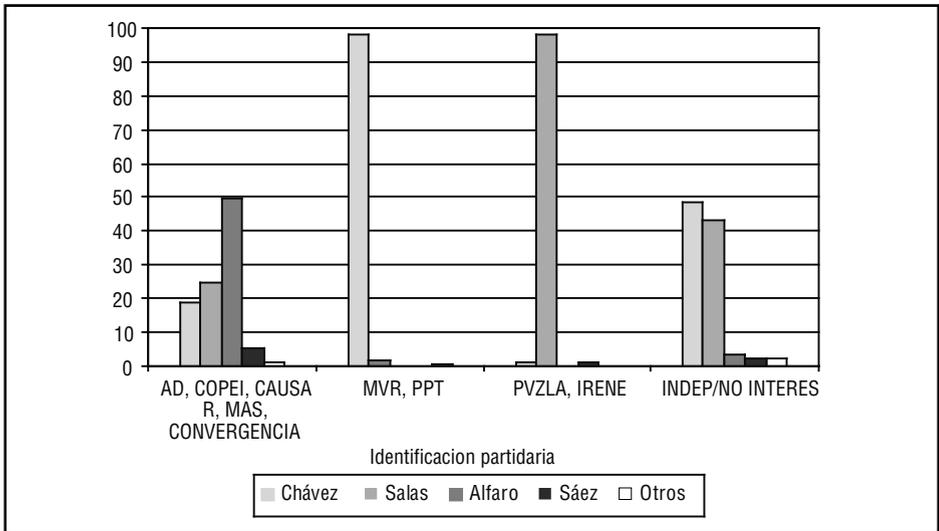
Gráfico 5
Intención de voto según identificación partidaria, 1993



Fuente: elaboración propia.

En 1998 también se confirma la hipótesis de la proporción minoritaria de sufragios que canaliza la identificación partidaria.

Gráfico 6
Intención de voto según identificación partidaria, 1998



Fuente: elaboración propia.

Los dos candidatos con más posibilidades de ganar son dos independientes, Salas Römer y Hugo Chávez. Si se observa la categoría de los que se identifican con los partidos políticos tradicionales, se puede comprobar la heterogeneidad del voto: Alfaro era el candidato de AD; COPEI apoyaba a Irene Sáez. Los no partidistas se polarizan entre Chávez y Salas Römer¹². Y los que se identifican con el Movimiento V República votarán a Chávez casi en su totalidad, lo que corrobora la identificación partidaria fuerte que tenía este grupo.

La correlación entre estas dos variables también confirma el menor impacto de la identificación partidaria en la decisión de voto.

¹² A menos de una semana de las elecciones, y ante la polarización en torno a Chávez y Salas Römer, AD y COPEI deciden apoyar a este último. La encuesta del 98 fue administrada en 1998, un mes antes de las elecciones. En ese momento, Alfaro era el candidato de AD, y COPEI apoyaba la candidatura de Irene Sáez. Por ello se ha agregado la identificación con Irene Sáez a la categoría de identificación con partidos tradicionales.

Cuadro 3

Correlación entre identificación partidaria e intención de voto

| | Correlación V-Cramer* |
|-----------|-----------------------|
| Batoba 83 | 0,744 |
| Ciepa 93 | 0,544 |
| Redpol 98 | 0,466 |

* Significativo al nivel 0,05.

Al erosionarse los vínculos partidistas como factor de la decisión de voto, *variables coyunturales* tales como la evaluación sobre los candidatos, cuestiones concretas (*issues*), los efectos de la campaña electoral o la evaluación sobre el estado de la economía podrían haber adquirido un peso importante¹³. Como ha señalado Molina (2000), algunos de estos rasgos se confirmaron en las elecciones de 1993 y, sobre todo, en las elecciones de 1998¹⁴.

El crecimiento de la personalización de la política es patente a partir de las elecciones de 1993: aparecen en la escena política personalidades que no tienen una vinculación directa con partidos políticos tradicionales y cuyos movimientos son realmente plataformas creadas *ad hoc* en torno a sus liderazgos personales. Es el caso de la ex Miss Universo Irene Sáez en 1993, y de Chávez en 1998. Este factor resulta interesante porque no se trata tanto de que las características personales del candidato empiecen a valorarse a la hora de decidir el voto, sino que optar por estas alternativas refleja el rechazo hacia los partidos. En este punto también hay que señalar que la descentralización política-administrativa de 1989, que buscaba la renovación de las elites políticas, ha alimentado y favorecido la aparición de nuevos liderazgos regionales y locales extra-sistémicos, que han capitalizado su éxito en estas arenas para dar el salto a la arena nacional. Es el caso, por ejemplo, de Salas Römer¹⁵.

Respecto de la evaluación de la situación del país, la expresión “crisis económica” viene acompañando a la población venezolana, con algunos altibajos, desde hace dos décadas. Sin embargo, algunos auto-

13 Sobre la evaluación de los candidatos, ver Page y Jones (1979). Sobre la evaluación de cuestiones concretas (*issues*), ver Franklin y Jackson (1983). Sobre los efectos de la campaña electoral, ver Jacobson y Kernell (1983). Sobre la evaluación del estado de la economía, ver Kinder y Kiewiet (1981) y MacKuen, Erikson y Stimson (1992).

14 Molina (2000) también utiliza en su análisis los datos de la encuesta Ciepa 93 y Redpol 98.

15 En 1989 gana las elecciones regionales en el Estado de Carabobo como independiente pro-COPEL. En 1992 vuelve a ser elegido. En 1995 crea Proyecto Carabobo para impulsar la candidatura de su hijo Salas Feo. En 1997 se inician las gestiones para constituir Proyecto Venezuela, que finalmente queda registrado como partido nacional en 1998. Ver Pereira (2002).

res han señalado que dicha variable puede estar influida por la identificación partidaria (Anderson y Guillory, 1997: 66-81). Es decir, la evaluación sobre la situación del país será más positiva entre aquellos que se identifican con el partido del gobierno que entre los que lo hacen con los partidos de la oposición. Sin embargo, entre 1993 y 1998 crece el número de independientes y los vínculos partidistas son más débiles, y por tanto las percepciones y evaluaciones de la situación económica del país deberían encontrarse menos condicionadas por las identidades partidarias y tener mayor incidencia en la decisión de voto.

Se han cruzado dichas variables para estudiar si existen diferencias significativas entre la evaluación positiva (mejor/igual) y la negativa (peor) entre aquellos que se identifican con el partido del gobierno y los que se identifican con los partidos de la oposición. En 1983, entre quienes se identifican con el partido en el gobierno en ese momento (COPEI), la diferencia neta entre la evaluación positiva y la negativa es de (+76,2). El indicador empeora considerablemente entre aquellos que manifiestan tener un vínculo con AD y el MAS: (-39) y (-29) respectivamente. Estas cifras contrastan con las de 1993 y 1998, cuando parece que la identificación deja de tener peso en la evaluación que se hace de la situación del país. En 1993, independientemente de la adhesión a un partido, la mayoría considera que la situación del país va por mal camino.

En 1998 se mantiene la tendencia de 1993, pero llama la atención que el indicador alcanza su punto mínimo entre los que se identifican con los nuevos movimientos políticos emergentes, lo que viene a corroborar la nueva brecha que se abre entre partidismo-antipartidismo.

Tales evidencias empíricas sugieren que el voto y el estado de la economía pueden estar relacionados. Es decir, los votantes reaccionan ante la gestión económica de los gobiernos. Y parece que los votantes han reaccionado con un voto de castigo contra los partidos políticos. Esta tendencia es mayoritaria entre los que se definen políticamente como no partidistas, pero también los que se declaran partidistas parecen estar dispuestos a traicionar a su partido. Lo peligroso es que, como señala Ramos (1999), el ejercicio de desinstitucionalización de los partidos ha obedecido a una lógica más proclive al “retorno del líder” que al funcionamiento de la democracia.

UNA EXPLICACIÓN SOBRE CÓMO SE FORMA LA IDENTIFICACIÓN PARTIDARIA

Existen dos visiones sobre estos vínculos. Desde el enfoque de la Universidad de Michigan, la identificación partidaria es una actitud psicológica-cognitiva adquirida inicialmente a través de la socialización (familia) y reforzada por el hecho de votar a ese partido a través del tiempo. Ahora bien, este enfoque reconoce que shocks moderados o factores de corto plazo (percepción sobre la coyuntura), sobre todo en

los momentos iniciales cuando el individuo está formando dicha actitud, pueden evitar que las lealtades partidistas se intensifiquen con el tiempo. En el enfoque de la *elección racional*, la identificación con un partido deriva de la evaluación, en términos costo-beneficio, de la actuación real o potencial de determinada fuerza política en el gobierno.

Las primeras investigaciones sobre opinión y actitudes políticas en Venezuela pusieron de manifiesto la relevancia de la socialización política de la familia¹⁶. Frente a estas explicaciones, Rey ha hecho hincapié en los mecanismos utilitarios en las relaciones entre partidos y electores. Según Rey, se puede producir a mediano o largo plazo un proceso de socialización en el que los distintos actores, al ver satisfechos sus intereses utilitarios, lleguen a desarrollar un sentimiento de legitimidad (Rey, 1991: 533-578). La representación política en Venezuela se ha construido sobre la lógica del intercambio particularizado: apoyo político a cambio de resultados particulares. Los partidos políticos han desarrollado un vínculo con sus militantes/simpatizantes de tipo clientelar, mediatizado a través de las organizaciones sociales¹⁷. Njaim ha señalado que el clientelismo constituye una amalgama de elementos afectivos y utilitarios, y que los elementos afectivos están determinados por la acentuación de las necesidades de protección: “alivio para la inseguridad económica y la impotencia política” (Njaim, 1988). La renta petrolera permitió un elevado gasto público, cuyos efectos alimentan las expectativas de bienestar y movilidad social que los partidos políticos han generado en los ciudadanos.

Las investigaciones realizadas por Torres demostraron que los individuos, cuando entran en la arena política, tienden a imitar las inclinaciones y lealtades partidistas de sus padres, generándose una especie de reproducción intergeneracional del comportamiento político (Torres, 1980: 263-285). En el Cuadro 4 se ha cruzado la identificación partidaria del individuo por la preferencia partidista de los padres¹⁸;

16 Para un estudio sobre la socialización política de la familia, ver Baloyra y Martz (1979) y Torres (1980).

17 Es lo que se conoce como anclajes partidistas. Este tema no es objeto de estudio en este trabajo, pero puede ser explorado en futuras investigaciones. Estos anclajes han funcionado como identificadores electorales, ya que muchas veces constituyen la información decisiva para elegir entre distintas opciones partidarias, y como importantes recursos de encuadramiento y movilización. Ver Paramio (1999a).

18 En Baloyra 73 se preguntaba por la preferencia partidista del padre. En Batoba 83, Ciepa 93 y Redpol 98, se pregunta por la preferencia del padre y la madre. Se ha optado por la solución de Pereira. En Baloyra 73 se consideran las preferencias del padre. En las demás encuestas se creará una nueva variable teniendo en cuenta estos criterios: siendo los dos partidistas, o al menos el padre o la madre, se considerará partidistas a los padres; no siendo ninguno de los dos partidistas, se considerará no partidistas a los padres. Ver Pereira (2002).

es decir, se trata de ver la distribución partidaria de los hijos según la preferencia partidista de los padres.

Hay que advertir que estos resultados se basan en informaciones que los propios entrevistados dan acerca del partidismo de sus padres. Si se analiza el Cuadro 4, se ve claramente el menor peso de la socialización familiar en la transmisión de la identificación. En 1973 el 60% de los hijos de padres partidistas también se definían políticamente como partidistas. En 1998 esta cifra disminuyó a un 28%. Este decrecimiento puede explicarse porque, como se dijo anteriormente, la estabilidad de la identificación partidaria depende en parte de los resultados, positivos o neutros, que el partido haya tenido en el gobierno.

Por otra parte, el porcentaje de hijos de padres no partidistas que declaran su independencia política ha ido aumentando en el mismo período. Pero este aumento puede sobrestimarse, ya que el total de padres no partidistas es bajo, especialmente en Ciepa 93 y Redpol 98. En este sentido, otros agentes socializadores, además de la familia, pueden haber tenido una importante influencia en la formación de esta orientación en el individuo. Wattenberg ha enfatizado el auge de los medios de comunicación audiovisuales como canales de información y medios de formación de la opinión política (Wattenberg, 1998). En Venezuela, los medios de comunicación han sido muy críticos con la mayoría de los gobiernos democráticos, sobre todo a partir de 1989, y posiblemente hayan contribuido a formar la imagen del independiente. El peso de la socialización familiar queda contrapesado, aunque no anulado, por la acción de los medios. Así, en Ciepa 93 y Redpol 98 se hizo una pregunta sobre los medios que los entrevistados utilizan para informarse sobre lo que sucede en Venezuela. En Ciepa 93 el 51% de los entrevistados eligió la televisión, y en Redpol 98 un 64% dio esta misma respuesta.

Cuadro 4

Identificación partidaria del individuo por la preferencia partidista de los padres

| Identificación partidista hijo | Preferencias partidistas padres | | | |
|--------------------------------|---------------------------------|----------------|----------------|----------------|
| | Baloyra 1973 | | Batoba 1983 | |
| | Partidismo | No partidismo | Partidismo | No partidismo |
| Partidismo | 57,4% (278) | 45,4% (378) | 45,2% (428) | 26,8% (129) |
| No partidismo | 42,6% (206) | 54,6% (454) | 54,8% (518) | 73,2% (352) |
| Total | 100% (484) | 100% (832) | 100% (936) | 100% (471) |
| | Ciepa 1993 | | Redpol 1998 | |
| | Partidismo | No partidismo | Partidismo | No partidismo |
| | Partidismo | 35,2% (392) | 13,7% (19) | 28,0% (165) |
| No partidismo | 64,8% (722) | 86,3% (120) | 71,9% (423) | 92,6% (87) |
| Total | 100% (1.014) | 100% (139) | 100% (588) | 100% (94) |

Fuente: elaboración propia.

CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES: CONCEPTO Y MEDICIÓN. EVOLUCIÓN EN EL TIEMPO

Confianza política es un término ambiguo, “multidimensional” (Norris, 1999). Más que hablar de confianza política, hay que especificar en cada caso el objeto al que se está haciendo referencia. Siguiendo a Easton (1965)¹⁹, se distinguirá entre comunidad política/régimen político/instituciones/autoridad. Este trabajo se centrará en las actitudes hacia las instituciones políticas, particularmente dos: gobierno y partidos políticos.

19 Easton (1965) distingue: la *comunidad política* es “ese aspecto de un sistema político que podemos identificar como una colección de personas que comparten una división del trabajo político”. El *régimen* “es el orden constitucional en el sentido más amplio del término [...] las normas o reglas del juego por las cuales ellos (los miembros del sistema) realizan sus asuntos políticos, y las estructuras formales o informales de la autoridad que arreglan quién debe hacer qué en el sistema”. Finalmente, las *autoridades* “son esos miembros de un sistema que tienen la responsabilidad primaria de hacerse cargo de las rutinas diarias de un sistema político. En un sistema democrático los describimos como los representantes elegidos y otros funcionarios públicos, tales como los empleados civiles”.

Dos tradiciones teóricas compiten para explicar cómo se origina la confianza en las instituciones políticas (Mishler y Rose, 2001: 31-62). Según las *teorías culturalistas*, la confianza en las instituciones políticas es exógena, es decir, se origina fuera de la esfera política. Su germen son las creencias que se tienen sobre los otros (confianza interpersonal), arraigadas en las normas culturales y comunicadas a través de la socialización. Se trata, por tanto, de una extensión de la confianza interpersonal, aprendida tempranamente en la vida, y más tarde proyectada en la confianza en las instituciones. Para las *teorías institucionalistas* la confianza es endógena. Estas teorías la definen como la utilidad esperada de la actuación satisfactoria de las instituciones. No niegan influencias culturalistas en las etapas tempranas de la vida, reconociendo el papel de la socialización política cuando las instituciones persisten y actúan sobre generaciones sucesivas. Pero la hipótesis institucional concluye que, si las influencias de la socialización y la evaluación de la actuación de las instituciones entran en conflicto, la más próxima evaluación de la actuación de dicha institución será más importante que la más temprana influencia ejercida por la socialización.

Si se admitiera, en el caso venezolano, la teoría culturalista, al ser la confianza en las instituciones una prolongación de la confianza interpersonal, no habría razón alguna para que los ciudadanos establecieran diferencias entre el conjunto de las instituciones.

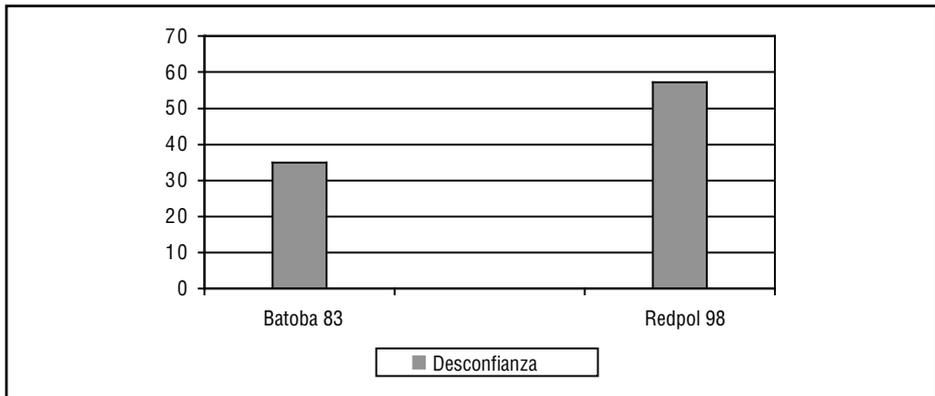
Utilizando los datos de la encuesta Redpol 98, se observa una desconfianza generalizada en las instituciones; se realizará un análisis factorial de componentes principales de la confianza en las 13 instituciones políticas y sociales, para establecer si subyace alguna dimensión en este conjunto. A priori podría pensarse que dos factores aportarían explicación suficiente: uno se identificaría con las instituciones políticas propiamente dichas, y el otro, aunque más débil, reflejaría la confianza en las instituciones sociales. Sin embargo, los resultados del factorial demuestran el carácter semi-corporativista de la representación política en Venezuela. Se han extraído 4 factores que explican el 65% de la varianza total. El primer factor, claramente, es una medida de la confianza en los tres poderes del Estado: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. El segundo factor está constituido por las fuerzas de seguridad y defensa del Estado, y por dos tipos de instituciones políticas, estrictamente hablando: los órganos descentralizados del Estado y los partidos políticos. El tercero está delimitado por la confianza en los dos actores socioeconómicos más importantes del país: Fedecámaras y CTV. Y el cuarto factor se identifica con la iglesia y la universidad como instituciones que operan con cierta autonomía respecto del Estado.

Por tanto, se admite la teoría institucionalista, y se considera que la confianza en las instituciones se forma siguiendo un esquema similar al de la identificación partidaria según el modelo de Fiorina (1977). Los individuos entran en la arena política con una inclinación inicial producto de la socialización familiar. Pero para que no se retire dicha con-

fianza es necesario –condición *sine qua non*– que dichas instituciones hayan tenido una actuación satisfactoria (neutra o positiva). Además hay que tener en cuenta que esa inclinación inicial es el producto de las experiencias políticas de los agentes socializadores.

El declive de la confianza en las instituciones políticas es una de las tendencias que más ha llamado la atención a los analistas de la política venezolana, especialmente la desconfianza en los partidos políticos, que han sido las instituciones fundamentales del sistema. Un reciente estudio comparativo ha sostenido que la confianza en las instituciones políticas es más baja en las nuevas democracias (Norris, 1999). Por tanto, no parece que este rasgo sea exclusivo de las democracias nuevas: Venezuela cuenta con una democracia estable desde 1958. Sería interesante ver la evolución de las actitudes de los venezolanos hacia dichas instituciones, pero no todos los cuestionarios cuentan con esta pregunta. No obstante, si se comparan los años 1983 y 1998, puede comprobarse cómo en 1998 el porcentaje de aquellos que no confían en los partidos políticos casi se duplica (ver Gráfico 7). Por otra parte, estas cifras contrastan con la opinión que los ciudadanos tienen sobre la necesidad de los partidos políticos en el sistema democrático: en Redpol 98 las tres cuartas partes de los encuestados afirmaron que los partidos son necesarios para la democracia. Sorprenden estas respuestas de apoyo hacia los partidos políticos, especialmente cuando las elecciones de 1998 se han caracterizado por la desinstitucionalización del sistema de partidos y el éxito de liderazgos individuales.

Gráfico 7
Desconfianza en los partidos políticos



Fuente: elaboración propia.

Se ha llevado a cabo un análisis bi-variado para establecer la relación de la confianza entre las diferentes instituciones. Si se observa la relación de los partidos políticos con el resto de las instituciones, la asociación más fuerte la tiene con el gobierno de la nación y el alcalde. Este resultado confirma la hipótesis del trabajo: la desconfianza en el gobierno, tanto en el nivel nacional como municipal, se ha traducido en desconfianza en los partidos políticos, en la medida en que mantienen los vínculos entre el gobierno y la sociedad civil.

Cuadro 5
Matriz de correlación*

| Confianza institucional | Coefficiente de correlación |
|--------------------------------|------------------------------------|
| Gobierno Nacional | 0,40 |
| Congreso Nacional | 0,38 |
| Iglesia | 0,20 |
| CNE | 0,36 |
| Universidad | 0,16 |
| Fedecámaras | 0,39 |
| CTV | 0,37 |
| Gobierno del Estado | 0,37 |
| Policía | 0,40 |
| FF.AA. | 0,24 |
| Alcalde | 0,40 |
| Partidos Políticos | 1,00 |

* Tau-b de Kendall. Significativo al nivel 0,01 (bilateral).

DESCONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES Y APOYO AL SISTEMA DEMOCRÁTICO

Largos períodos de insatisfacción pueden conducir no sólo a una pérdida de confianza en las instituciones, sino también a una pérdida de legitimidad y apoyo al sistema democrático. Siguiendo una tipología de democracias según el grado de apoyo al régimen y desafección política²⁰, Venezuela aparece entre las democracias con alta desafección política y apoyo mayoritario a la democracia. Las cuatro encuestas contienen dos

20 Torcal (2000) ha definido el término desafección política como “el sentimiento subjetivo de ineficacia, cinismo y falta de confianza en el proceso político, políticos e instituciones democráticas que generan distanciamiento y alienación pero sin cuestionar la legitimidad del régimen político”.

preguntas para medir el apoyo al sistema democrático: la preferencia por el régimen; y satisfacción con el funcionamiento de la democracia²¹.

Con respecto a la primera, los venezolanos mantienen su adhesión al régimen democrático: en su mayoría siguen prefiriendo la democracia a otro sistema. Esto es corroborado por la disposición abrumadoramente favorable de los ciudadanos hacia las elecciones en todo el período analizado. En 1998 llama la atención que la mayor parte de los encuestados prefieran la democracia a otro sistema, y que el candidato electo sea un ex militar con un pasado golpista. Teniendo en cuenta la retórica bolivariana de Chávez, esto puede explicarse debido a que mientras unos tienen en mente un modelo de democracia representativa, otros parten de una concepción rousseauiana de la democracia, considerando a los partidos políticos estructuras de deformación y distorsión de la voluntad popular.

En cuanto a la satisfacción con el funcionamiento de la democracia (SFD), actualmente existe un debate²² en la literatura sobre la ambigüedad del significado de esta variable y su validez como medida. Algunos autores consideran la SFD como una medida del apoyo de los ciudadanos a los principios democráticos, mientras que para otros SFD mide el *apoyo específico* al sistema, es decir, la evaluación que los ciudadanos hacen del funcionamiento real del régimen democrático²³. Aunque se reconoce la ambigüedad de dicha variable, se admite como medida de la evaluación que los ciudadanos hacen de la eficacia de la democracia. Un argumento a favor de esta solución es que mientras el porcentaje de aquellos que están poco o nada satisfechos con el funcionamiento de la democracia ha crecido a lo largo del período estudiado, el grupo de los que prefieren la democracia se ha mantenido estable en el mismo período. Por tanto, este hecho lleva a pensar que ambas preguntas estén midiendo diferentes dimensiones del apoyo al sistema. Por otra parte, si SFD realmente está midiendo la evaluación que hacen los ciudadanos del funcionamiento real de la democracia, dicho indicador debería estar asociado con otras variables que también miden la eficacia del sistema, como es el caso de la confianza en las instituciones

21 Esta variable ha sido redactada de forma diferente en las encuestas con las que se está trabajando: en Batoba 83 se le preguntaba a los encuestados si estaban contentos con el sistema democrático; en Ciepa 93 se les pedía que evaluaran la democracia como muy buena, buena, mala o muy mala; y en Redpol 98 se preguntaba por la satisfacción con el funcionamiento de la democracia. Se ha recodificado esta variable como dicotómica para hacer posible su comparación intertemporal.

22 Para una revisión de dicho debate, consultar Canache, Mondak y Seligson (2001).

23 Para un estudio de la SFD como medida del apoyo de los ciudadanos a los principios democráticos, ver Kornberg y Clarke (1992), Fuchs (1993) y Anderson y Guillory (1997). Sobre la SFD como medida del apoyo específico al sistema, ver Dalton (1999) y Linde y Ekman (2003).

políticas. Se ha procedido a realizar un análisis de varianza de las puntuaciones factoriales²⁴ obtenidas en el factor definido como confianza en los poderes del Estado. Se puede concluir que la relación es estadísticamente significativa, de modo que las personas que están (algo o muy) satisfechas con la democracia son las que tienen más confianza en los poderes del Estado.

PARTICIPACIÓN POLÍTICA: INCREMENTO DE LA ABSTENCIÓN

Dalton y Wattenberg (1993) también señalan como segundo síntoma de la fase de desalineamiento a la participación electoral decreciente. Aunque la mayoría de los estudios sobre el comportamiento político venezolano prestan atención a la abstención²⁵, este indicador debe ser usado con cautela. Si bien es cierto que los niveles de abstención se han incrementado de forma notable (ver Gráfico 8), Venezuela, en comparación con el resto de las democracias contemporáneas, llama la atención por su alta participación electoral. Hay que evaluar una serie de factores que pueden explicar las altas tasas de participación y el aumento de la abstención.

Por una parte, *la obligatoriedad del sufragio*. Todas las personas aptas están obligadas a votar y, excepto los mayores de 70 años, están sujetas a sanciones en caso de no hacerlo. La reiterada falta de aplicación de las sanciones ha minado la credibilidad de la obligación jurídica, y el cese de las campañas institucionales referidas a la obligatoriedad del voto ha colocado a Venezuela en una situación similar a la de un país de voto voluntario, lo que puede explicar el paulatino incremento de la abstención.

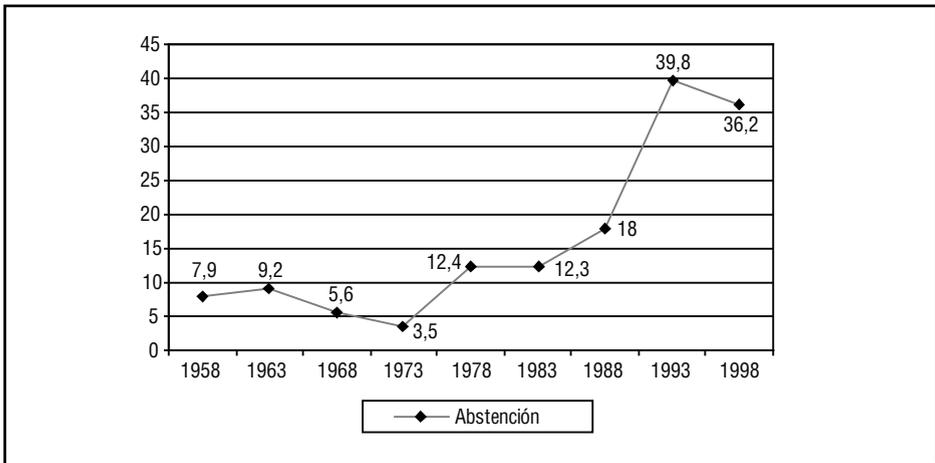
Por otra parte, en Venezuela ha funcionado el péndulo, generándose alternabilidad por la vía del *voto de castigo*. En regímenes caracterizados por una baja *accountability*, los electorados son más propensos al “voto de castigo” o “voto protesta” (McDonald y Ruhl, 1989). El voto es el promotor del cambio. De hecho, en las elecciones de 1998 el abstencionismo se reduce en cuatro puntos, y la desconfianza hacia los partidos políticos encuentra en el voto por Chávez una válvula de escape y se constituye en estímulo para la participación.

Lo que sí se puede extraer como conclusión al observar el Gráfico 8, y haciendo referencia al sistema de partidos, es la merma de la capacidad de movilización de los partidos y sus anclajes para llevar a votar a sus potenciales electores.

24 Para realizar la ANOVA, las puntuaciones factoriales han sido transformadas en una escala de media 10 y desviación típica 1,5.

25 Para una revisión sobre la abstención en Venezuela, ver Molina (1989), Vaivads (1994; 1998) y Koeneke (2000).

Gráfico 8
Evolución de los niveles de abstención



Fuente: Consejo Supremo Electoral.

EFFECTOS DE LA DESCONFIANZA POLÍTICA: DEMOCRACIAS DELEGATIVAS E INCREMENTO DE LA PARTICIPACIÓN NO CONVENCIONAL

En este apartado se intenta argumentar los posibles efectos que puede haber tenido el declive de la confianza, que podría explicar el desarrollo de los acontecimientos a partir de 1998. Entre estos se destacan dos que se consideran relevantes, ya que ponen de manifiesto la ruptura del contrato social en Venezuela y el proceso de desinstitucionalización que estaba sufriendo el sistema político.

Por un lado está el triunfo de Chávez, un candidato sin base partidista fuerte y con escasa trayectoria política, normalmente con un discurso demagógico, populista, antisistema. El desencanto provocado por la frustración de las expectativas y demandas ha conducido a la búsqueda de alternativas extra-partidarias por parte de los electores. Y ello en un contexto en el que los partidos establecidos no son creíbles y existe un deseo de castigarlos que no encuentra el límite esperable de la lealtad partidaria. Estos personajes emergen de los márgenes del sistema político como emanación de la voluntad popular por encima de los partidos políticos y como salvadores de la nación, proponiendo, en un sentido de escatología secularizada, una política de la redención. Su discurso se inserta en una política de fuerte raigambre populista definida por prácticas organicistas que pretenden superar el faccionalismo y los conflictos que los partidos políticos acarrean. El empeoramiento

to de las condiciones económicas y el aumento de la exclusión social conforman el caldo de cultivo para que el nuevo caudillo incursione en la política y sea legitimado por el colectivo descontento con los actores tradicionales (Mayorga, 1995). Calificadas como “democracias fachadas”, “democraduras o dictablandas” o “democracias delegativas”, estos regímenes se caracterizan porque el gobernante asume poderes extraordinarios y gobierna por decreto, marginando las instituciones democráticas. El presidente es la encarnación de la nación, y se cree autorizado a gobernar como considere conveniente.

El segundo punto a destacar es el estallido de la protesta social. Siguiendo a Hirschman (1970)²⁶ se podría decir que la competencia partidista en Venezuela se convirtió en un sistema de competencia oligopólica, en el cual los dos grandes partidos se comprometen a no sobrepasar determinados límites de la discusión y la acción política. El voto de castigo constituyó el mecanismo de *salida*, moviéndose de forma pendular. Pero cuando dicho mecanismo deja de ser efectivo, es decir, cuando el voto de castigo no se traduce en una mejora de las actuaciones del Ejecutivo que reemplaza al partido del gobierno saliente, y ello no se ve compensado por adecuados mecanismos de *voz*, la frustración del electorado puede tener como vía de escape diversas formas extra-institucionales de acción colectiva. Como ha señalado Tarrow (citado en López Maya, 2001):

Sólo indagando en las formas de acción que emplea la gente [para protestar], en cómo estas reflejan sus demandas y en cómo se produce la interacción con los adversarios y las élites políticas, podemos comprender la magnitud y la dinámica del cambio en la sociedad y la política.

Desde que estalló el Caracazo en 1989, la protesta se ha convertido en uno de los aspectos más característicos de la vida cotidiana en la capital y otras ciudades de Venezuela. En términos conceptuales, se entiende por *protesta popular* la acción disruptiva desarrollada por multitudes, grupos y/o actores de los sectores populares, destinada a hacer público su desacuerdo o desavenencia con normas, instituciones, políticas, fuerzas, autoridades y/o condiciones sociales o políticas (López Maya, 2001).

Estas formas extra-institucionales han sido usadas tanto por actores considerados marginales en la sociedad, como por organizaciones que en el pasado dispusieron de mecanismos de *voz*, formales e informales, para expresar sus quejas y demandas, como es el caso de los sindicatos (CTV). Este proceso se inició en la década del ochenta, pero se exacerbó a partir del Caracazo, y no es más que el reflejo de la ausencia de canales de arti-

26 El esquema de Hirschman ha sido aplicado al caso venezolano por Rey (1989), Álvarez (1996) e Hidalgo (1998).

culación y comunicación entre la sociedad y el Estado. Una clasificación sobre la naturaleza y frecuencia de las protestas²⁷ publicadas por el diario *El Nacional* (ver Cuadro 6) revela cómo antes del Caracazo la mayoría de las protestas tenían un carácter convencional (paros y marchas); después las confrontacionales se hacen mayoría y las violentas aumentan significativamente (lo que la prensa ha dado en llamar disturbios).

Cuadro 6
Naturaleza de la protesta antes del Caracazo, 1983-1988

| Año | Convencional | Confrontacional | Violenta | Total |
|--------------|---------------------|------------------------|-----------------|--------------|
| 1983 | 147 | 8 | 7 | 162 |
| 1984 | 155 | 117 | 21 | 293 |
| 1985 | 206 | 41 | 15 | 262 |
| 1986 | 51 | 16 | 3 | 70 |
| 1987 | 36 | 15 | 32 | 83 |
| 1988 | 70 | 17 | 16 | 103 |
| Total | 665 | 214 | 94 | 973 |

Fuente: basado en reseñas de *El Nacional* (López Maya, 2001).

Naturaleza de la protesta después del Caracazo, 1989-1999

| Año | Convencional | Confrontacional | Violenta | Total |
|--------------|---------------------|------------------------|-----------------|--------------|
| 1989 | 75 | 85 | 53 | 213 |
| 1990 | 39 | 54 | 30 | 123 |
| 1991 | 8 | 36 | 31 | 75 |
| 1992 | 13 | 56 | 64 | 133 |
| 1993 | 52 | 64 | 58 | 174 |
| 1994 | 49 | 65 | 73 | 187 |
| 1995 | 64 | 62 | 63 | 189 |
| 1996 | 53 | 122 | 98 | 273 |
| 1997 | 81 | 44 | 50 | 175 |
| 1998 | 77 | 67 | 22 | 166 |
| 1999 | 43 | 239 | 72 | 354 |
| Total | 554 | 894 | 614 | 2.062 |

Fuente: basado en reseñas de *El Nacional*, (López Maya, 2001).

27 En las encuestas con las que se está trabajando se dispone de preguntas sobre la participación no convencional de los entrevistados. La mayoría de los encuestados contestan no haber participado en dichas acciones. Ello puede deberse al carácter extra-legal de las mismas, y por tanto se piensa que dichas respuestas pueden estar afectadas por la "de-seabilidad social".

ELEMENTOS DE UN MODELO DE VOTANTE FRUSTRADO

JUSTIFICACIÓN TEÓRICA DEL MODELO

Se ha argumentado cómo la pérdida de confianza en los partidos puede haber dado lugar a un nuevo tipo de elector, el votante frustrado (Paramio, 1999b). La frustración aparece cuando las expectativas de los electores no son satisfechas, pero sobre todo cuando dichos electores no ven alternativas razonables a las que acudir en busca de soluciones.

Y la frustración se ha traducido en agresividad frente a la necesidad de elegir entre opciones igualmente malas: la sensación del elector es que la situación continuará igual cualquiera fuese el elegido. El voto a Chávez puede considerarse una expresión de esa agresividad. Es un voto de castigo a los partidos tradicionales, los cuales durante décadas se mostraron incapaces de realizar su tarea de representación de las demandas ciudadanas y, una vez en el gobierno, no pudieron resolver los problemas del país. Se trataría de una conducta racional, pero de una racionalidad analgésica, que reduciría al mínimo el coste de la decisión y las expectativas sobre sus resultados (Eckstein, 1991). Chávez no tenía deudas ni arreglos con los representantes de la política tradicional, ni siquiera tenía un partido político, y se había ganado la simpatía de la gente tras el golpe de Estado de 1992, convirtiéndose en el ícono del cambio. En su discurso instrumentaliza la agresividad de la ciudadanía contra los partidos políticos. La elección de 1998 se dirime entre la “Revolución Bolivariana” de Chávez y la “reforma del puntofijismo” de Salas Römer. El planteamiento del elector está más cercano al “retorno del líder” (Zermeño, 1989; Paramio, 1993).

Los dramáticos retrocesos económicos en las dos últimas décadas explicarían el deterioro operado en las evaluaciones que los ciudadanos hacen de la labor de los gobiernos en ese período. Desde comienzos de los ochenta, el modelo rentista petrolero mostraba síntomas de agotamiento, pero ninguno de los principales partidos políticos (AD y COPEI) estaba dispuesto a aplicar un plan de ajuste económico ante el riesgo de costes políticos y electorales significativos (Hidalgo, 2000: 91-161). Las elecciones presidenciales de 1988 fueron ganadas, por segunda vez, por Carlos Andrés Pérez, quien llegó al final de su primer mandato bajo el espejismo de la abundancia y la esperanza de la “Gran Venezuela”. Pérez pone en marcha un ambicioso programa de estabilización y ajustes estructurales orientado a corregir los graves desequilibrios macroeconómicos (externo, fiscal, monetario y cambiario) y alcanzar un crecimiento sostenido. El programa, denominado “El Gran Viraje”, fue diseñado por un grupo de tecnócratas, siguiendo las directrices del Consenso de Washington (Williamson, 1990), pero careció de

un adecuado apoyo político. Se implantó sin generar consenso²⁸ entre los partidos políticos y los grupos de presión por excelencia, Fedecámaras y la CTV, y sin haber concienciado a la población del sentido de las nuevas medidas. El gobierno sobrestimó su popularidad y la tolerancia de la población. Las primeras medidas del ajuste económico chocan con las expectativas populares, lo que se traduce en febrero de 1989 en una revuelta popular, el llamado Caracazo. La chispa fue el aumento de los precios de la gasolina y las tarifas de los transportes públicos para una población completamente acostumbrada a los subsidios gubernamentales. En 1992, el teniente coronel Hugo Chávez Frías da un golpe de Estado que no triunfa, pero obtiene el apoyo y la simpatía popular. En 1993, Pérez es destituido en medio de un proceso por corrupción seguido contra su gobierno. Aunque consiguió éxitos parciales a corto plazo, particularmente la mejora del estado de las finanzas públicas, no logró capitalizar dicha recuperación antes de que los intentos de golpe de Estado desestabilizaran el control político requerido.

Caldera gana las elecciones de 1993 como independiente, prometiéndole revertir los efectos del “paquete de Pérez”. Durante los dos primeros años (1994-1995) intenta administrar la crisis resistiendo la presión de los organismos financieros. Pero en 1996 anuncia el retorno a la ortodoxia económica, lo que provocó una nueva frustración de las expectativas sociales sobre la recuperación de la prosperidad. A la frustración por el incumplimiento de promesas se le sumó el estancamiento económico, y en este contexto se puede explicar que los ciudadanos estén dispuestos a poner toda su confianza en líderes de los que poco o nada saben, que convierten a la política en general, y a los partidos políticos en particular, en el chivo expiatorio de sus problemas sociales. No puede establecerse un vínculo causal entre las políticas de ajuste y las reformas estructurales, por un lado, y la crisis del sistema de partidos, por otro. La frustración se conforma acumulativamente, y lo que hacen las reformas es agudizar esa frustración que se venía gestando desde principios de los años ochenta.

ECUACIÓN Y VARIABLES INCLUIDAS EN EL MODELO

El modelo de votante frustrado que se quiere contrastar está representado por la siguiente ecuación:

$$Y = f (EvRePolec, Optimismofut, Variables\ control, \epsilon)$$

Donde Y = intención de voto por Chávez, que sería una función de $EvRePolec$ = evaluaciones retrospectivas acerca de la política economi-

28 Esta estrategia ponía fin a la lógica de la conciliación de elites, otorgando mayor autonomía al gobierno para aplicar el programa.

ca del último gobierno; *Optimismofut* = expectativas económicas sobre la situación personal futura; *Variables control* = variables socio-demográficas, referentes a ciertas características individuales de los votantes; ε = factores que no se controlan y que se asumen distribuidos al azar.

Obviamente, sería necesario incluir en dicho modelo la evaluación de la política económica del gobierno de Carlos Andrés Pérez (gobierno anterior al de Caldera), pues se trata de comprobar como causa del voto frustrado al descontento de los ciudadanos con AD y COPEI en los últimos gobiernos. Pero la encuesta utilizada para comprobar la eficacia del modelo no dispone de dicha variable. Sin embargo, los hechos que se sucedieron entre 1989 y 1993 –el Caracazo, los dos golpes de Estado, la destitución del presidente Carlos Andrés Pérez acusado de malversación de fondos– sustentan la insatisfacción de los ciudadanos con la labor de este gobierno.

Se va utilizar la encuesta Redpol 98, que fue administrada en noviembre, justo antes de las elecciones, para la estimación del modelo. Se ha definido la variable dependiente²⁹ como 1, intención de voto por Chávez, y 0, intención de voto por el resto de los partidos. Se considera el voto a Chávez como la expresión del voto de castigo a los partidos políticos tradicionales. Se trata de comprobar si se da o no el voto frustrado en las elecciones de 1998.

En cuanto a las variables independientes, la literatura ha sido consistente en señalar que las condiciones económicas subjetivas tienen en general consecuencias políticas más importantes que las condiciones objetivas. Varios estudios han demostrado que en los países industriales avanzados se ve confirmado el principio básico del voto económico³⁰, según el cual los gobiernos ganan o pierden las elecciones según sea su desempeño económico: los votantes apoyan al gobierno cuando las condiciones económicas son buenas, y se vuelven contra él cuando empeoran. El venezolano ha tendido a hacer un juicio retrospectivo y a castigar al gobierno de turno por su mal manejo económico. Pero la pregunta relevante es en qué medida los votantes consiguen establecer una conexión mental entre la acción del gobierno y la situación económica. Durante mucho tiempo, dado el carácter hiper-presidencialista de los regímenes latinoamericanos y la cultura de paternalismo estatal que acompañó a la matriz Estado-céntrica, la conexión en términos de

29 La variable dependiente es una variable dicotómica, en la que la categoría 1 representa la presencia de la característica que se quiere medir: el colapso del sistema de partidos, que implica votar por el *outsider*. Es una forma de castigo a los partidos que refleja la pérdida de confianza en los mismos. En la categoría 0 se ha incluido a los entrevistados que contestaron por el resto de candidatos y se ha excluido los no saben/no contestan.

30 Para una revisión de la literatura sobre voto económico, ver Hibbs (1987), Lewis-Beck (1988) y Paldam (1991).

responsabilidad entre el gobierno y las condiciones económicas pudo darse por descontada. Con el agotamiento del modelo de desarrollo y la puesta en marcha del plan de estabilización y ajuste estructural, dicha vinculación dejó de ser automática. Tal y como sugiere Kramer (citado en Fraile, 2001), asumir que, efectivamente, los votantes responsabilizan a los gobiernos es problemático. Por eso se va a utilizar como variable independiente la *evaluación retrospectiva de la política económica*. En este caso la atribución de responsabilidad es más realista. Para un gobierno, eludir las responsabilidades del diseño de las políticas económicas es más difícil que eludir las responsabilidades de los resultados de las mismas. Esta variable asume valor 0 para representar los juicios más negativos y valor 1 para los más positivos.

El modelo también incluye la variable *optimismo sobre la situación personal*; cualquier elección tiene un componente prospectivo que hay que tener en cuenta. Se asume la dimensión egotrópica (Weyland, 1998: 341-362), pues la naturaleza clientelar de la política venezolana y el elevado deterioro de las condiciones de vida de la población pueden explicar que los individuos se preocupen más por su situación individual y la de su familia que por el estado del país. Se trata de una variable dicotómica que toma valor 1 para los que piensan que su situación mejorará en el futuro, y valor 0 para los que piensan que seguirá igual o empeorará.

Con respecto a las variables de control, se han incluido las siguientes variables sociodemográficas: el *género*, una variable dicotómica, la *edad* (especificada en intervalos) y el *nivel educativo* (tres grupos diferentes: primaria incompleta y primaria completa, secundaria, y estudios técnicos y superiores). En el modelo inicial se incluyeron también el hábitat y el nivel de ingresos, pero no proporcionaron datos significativos. Algunos analistas han señalado que, tanto en 1993 como en 1998, el autoposicionamiento ideológico aparece como un factor de fuerza moderada en la determinación del voto (Molina, 2000). Se ha introducido la *ubicación ideológica* para controlar que la evaluación de la política económica y los juicios prospectivos no estén sesgados por la ideología de los entrevistados.

Gracias a la regresión logística podemos comprobar la eficacia empírica del modelo. Se espera un coeficiente positivo y significativo para el optimismo sobre la situación personal futura, y un coeficiente negativo y significativo para la evaluación de la política económica. Si se observa el Cuadro 7, efectivamente, el modelo funciona bien estadísticamente. La probabilidad de votar a Chávez se incrementa cuanto más negativa es la evaluación que se hace de la política económica. Cuando el votante es optimista sobre su situación personal futura, las probabilidades de votar por Chávez se incrementan. El ajuste global del modelo es significativo a un nivel del 95%, y su capacidad predictiva es

del 67,8%. Se demuestra, por tanto, cómo se ha castigado al gobierno por la situación económica, y cómo, ante opciones igualmente malas, Chávez es la que representa una ruptura con el *statu quo*. La cantidad de problemas resulta agobiante para una gran parte de la población, y probablemente esa percepción lleve a pensar que las soluciones tienen que ser “abundantes” y “profundas”. Estos dos adjetivos responden muy bien al cambio revolucionario que propone Chávez.

Respecto de las variables de control, se demuestra la influencia significativa de la ideología en la probabilidad de votar a Chávez. En análisis posteriores habrá que comprobar si dicha variable se consolida como vínculo entre partidos políticos y electores. El perfil del votante frustrado parece ser, por tanto, el que se ubica ideológicamente más hacia la izquierda, de menor nivel educativo; los hombres son más proclives al cambio que las mujeres y, como la frustración se forma acumulativamente, los mayores tendrán más probabilidad que los jóvenes.

Cuadro 7
Modelo de votante frustrado en las elecciones de 1998

| Variables independientes | Coeficientes | P>z |
|--------------------------|--------------|-------|
| Sexo | 0,4957167 | 0,002 |
| Edad | 0,1877126 | 0,004 |
| Educación | -0,2290203 | 0,016 |
| Ideología | -0,2647257 | 0,000 |
| Optimismo | 0,4851215 | 0,003 |
| Evaluación retrospectiva | -0,5530579 | 0,002 |
| Constante | 1,1005370 | 0,002 |

Nota: Número de casos: 787; LR chi² (6): 145,29; Pseudo R2: 0,1333; % Correcto: 67,8. Los datos son coeficientes logit (estimados a través de “maximun-likelihood”) y sus errores típicos. Significativo al nivel de 0,05.

CONSIDERACIONES FINALES

El caso del sistema de partidos venezolanos es singular. Uno de los factores que la literatura ha señalado para explicar la estabilidad de la democracia venezolana ha sido la fortaleza de sus partidos políticos. En el estudio *Cross-National* de Mainwaring y Scully, el caso venezolano aparecía dentro del grupo de sistemas de partidos con un alto nivel de institucionalización; en 1993 entraba en un proceso de descomposición que culmina con la victoria de Chávez en 1998. En la búsqueda de una explicación a este fenómeno, el análisis se ha centrado en la desconfianza política, en particular en la desconfianza en los partidos políticos, y se han explorado las causas de esta última.

Dos indicadores han ayudado a medir la pérdida de confianza en los partidos. Por un lado, la *identificación partidaria*: de los resultados empíricos se desprende que se ha incrementado el número de independientes, convirtiéndose en el grupo que pasa a decidir las elecciones. Al erosionarse los vínculos partidistas, el voto ha empezado a depender de factores coyunturales. En este sentido, la evaluación de la situación del país ha tenido una influencia significativa en la decisión de voto como consecuencia del mal desempeño de la economía en las dos últimas décadas. Este menor impacto de la identificación partidaria en el voto también se ha corroborado empíricamente por el menor peso de la familia en la transferencia de la identificación partidaria de los hijos. Respecto del segundo indicador, *la confianza en las instituciones políticas*, se puede concluir que la evaluación que los venezolanos hacen de las instituciones políticas ha ido empeorando en el período analizado, siendo particularmente negativa la evaluación que hacen de los partidos políticos. Pero se ha demostrado cómo el descontento con la actuación de las instituciones concurre con un elevado apoyo a la democracia, es decir, los ciudadanos siguen prefiriendo la democracia a otros sistemas.

La parte más novedosa de este artículo es la que comprueba la hipótesis del *voto frustrado* como expresión de la pérdida de confianza en los partidos políticos. El modelo, teniendo en cuenta sus limitaciones, ha funcionado bien empíricamente para el caso venezolano. Los resultados demuestran que los indicadores utilizados para medir el desempeño económico del gobierno son buenos predictores de la desconfianza en los partidos políticos. Habrá que seguir trabajando, y establecer la eficacia que tiene en otros casos que han seguido una trayectoria similar a la venezolana, para comprobar su validez y fiabilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, Paul R. 1987 *Las actitudes políticas en Norteamérica* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano).
- Abramson, Paul R. 1992 "Of time and partisan instability in Britain" en *British Journal of Political Science* (Dallas) N° 22.
- Álvarez, Ángel 1996 *El sistema político venezolano. Crisis y transformaciones* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Álvarez, Ángel; Penfold, Michael; Sucre, Ricardo y Gómez, Emeterio 2000 "¿Es Venezuela un Petro-Estado?" en *Analítica Research*. En <www.analitica.com/va/research/foros_y_entrevistas>.
- Anderson, Christopher J. y Guillory, Christine A. 1997 "Political institutions and satisfaction with democracy. A cross-national

- analysis of consensus and majoritarian systems” en *American Political Science Review* (Washington) Vol. 91, N° 1.
- Baloyra, Enrique A. y Martz, John D. 1979 *Political attitudes in Venezuela. Societal cleavages and political opinion* (Austin: University of Texas Press).
- Baptista, Asdrúbal y Mommer, Bernard 1992 *El petróleo en el pensamiento económico venezolano: un ensayo* (Caracas: IESA).
- Campbell, Angus; Converse, Philippe E.; Miller, Warren E. y Stokes, Donald E. 1960 *The American voter* (New York: Wiley).
- Canache, Damarys; Mondak, Jeffery y Seligson, Mitchell 2001 “Meaning and measurement in cross-national research on satisfaction with democracy” en *Public Opinion Quarterly* (Oxford) N° 65.
- Cavarozzi, Marcelo 1991 “Más allá de las transiciones a la democracia en América Latina” en *Revista de Estudios Políticos* (Madrid) N° 74.
- Coppedge, Michael 1993 “Partidocracia y reforma en una perspectiva comparada” en Stambouli, Andrés; Serbin, Andrés y Smith, William (comps.) *Venezuela: la democracia bajo presión* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Dalton, Russel J. 1999 “Political support in advanced industrial democracies” en Norris, Pippa (ed.) *Critical citizens. Global support for democratic governance* (Oxford: Oxford University Press).
- Dalton, Russell J. y Wattenberg, Martin 1993 “The no simple act of voting” en *Political Science. The state of discipline II* (Washington DC: American Political Science Association).
- Easton, David 1965 *A systems analysis of political life* (New York: Wiley).
- Eckstein, Harry 1991 “Rationality and frustration in political behavior” en Monroe, K. R. (comp.) *The economic approach to politics* (New York: Harper Collins).
- Echegaray, Fabián 1996a “¿Voto económico o referéndum político? Los determinantes de las elecciones presidenciales en América Latina, 1982-1994” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) N° 36.
- Echegaray, Fabián 1996b “Condiciones económicas y preferencias electorales en Argentina, Perú y Uruguay” en *Sociedad* (Buenos Aires) N° 10.
- Fiorina, Morris P. 1977 “An outline for a model of party choice” en *American Journal of Political Science* (Dallas) N° 21.
- Fraile, Marta 2001 “Relación entre el voto de clase y el voto económico en las elecciones del 2000” en *Zona Abierta* (Madrid) N° 96-97.
- Franklin, Charles H. y Jackson, John E. 1983 “The dynamics of party identification” en *American Political Science Review* (Washington) N° 77.

- Fuchs, Dieter 1993 "Trends of political support in the Federal Republic of Germany" en Berg-Schlosser, Dirk y Rytlewski, Ralf (eds.) *Political Culture in Germany* (Londres: Macmillan).
- Gill, Stephen 1994 "Knowledge, politics and neo-liberal political economy" en Stubbs, Richard y Underhill, Geoffrey (eds.) *Political economy and the changing global order* (London: Macmillan).
- Heredia, Blanca 1997 "Clientelism in flux: democratization and interest intermediation in contemporary Mexico" (México: CIDE) mimeo.
- Hibbs, Douglas A. 1987 *The political economy of industrial democracies* (Cambridge: Harvard University Press).
- Hidalgo, Manuel 1998 "Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos" en *Politeia* (Caracas) N° 21.
- Hidalgo, Manuel 2000 "Liderazgo político y reforma económica: el caso de Venezuela, 1989-1998" en *Zona Abierta* (Madrid) N° 90-91.
- Hirschman, Albert O. 1970 *Exit, voice and loyalty* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).
- Jacobson, Gary C. y Kernell, Samuel 1983 *Strategy and choice in congressional elections* (Binghamton, NY: The Vail-Ballou Press).
- Karl, Terry 1986 "Petroleum and political pacts: the transition to democracy in Venezuela" en O'Donnell, Guillermo; Schmitter, Philippe C. y Whitehead, Laurence (comps.) *Transitions from authoritarian rule. Latin America* (Baltimore, MD: John Hopkins University Press).
- Karl, Terry 1997 *The paradox of plenty. Oil booms and Petro-States* (Berkeley: University of California Press).
- Key, Valdimer Orlando 1964 *Politics, parties and pressure groups* (Nueva York: Crowell).
- Kinder, Donald R. y Kiewiet, D. Roderick 1981 "Sociotropic politics: the American case" en *British Journal of Political Science* (Cambridge) N° 11.
- Koeneke, Herbert 2000 "Participación política y social en la Venezuela finisecular: factores político-institucionales y motivacionales en la participación y en la apatía ciudadana" en *Cuadernos del CENDES* (Caracas) N° 45.
- Kornberg, Allan y Clarke, Harold D. 1992 *Citizens and community: political support in a representative democracy* (Nueva York: Cambridge University Press).
- Kornblith, Miriam 1994 "La crisis del sistema político venezolano" en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 134.
- Kornblith, Miriam 1999 "Agenda de reforma y crisis sociopolítica en Venezuela: una difícil combinación" en *Politeia* (Caracas) N° 22.

- Levine, Daniel 1973 *Conflict and political change in Venezuela* (Princeton: Princeton University Press).
- Lewis-Beck, Michael S. 1988 *Economics and elections* (Ann Arbor: University of Michigan).
- Linde, Jonas y Ekman, Joakin 2003 "Satisfaction with democracy. A note on a frequently used indicator in comparative politics" en *European Journal of Political Research* (Bruselas) Vol. 42, N° 3, mayo.
- Lipset, Seymour M. y Rokkan, Stein 1992 "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política" en *Diez textos básicos de ciencia política* (Barcelona: Ariel).
- López Maya, Margarita 2001 "Venezuela después del Caracazo. Formas de la protesta en un contexto desinstitucionalizado" en *Kellogg Institute Working Paper* (Indiana) N° 287, julio.
- Luhmann, Niklas 1990 "Familiarity, confidence, trust" en Gambeta, D. (comp.) *Trust. Making and breaking cooperative relations* (Cambridge: Basil Blackwel).
- MacCoy, Jennifer 1993 "Venezuela: ¿crisis de confianza?" en Stambouli, Andrés; Serbin, Andrés y Smith, William (comps.) *Venezuela: la democracia bajo presión* (Caracas: Nueva Sociedad).
- MacKuen, Michael; Erikson, Robert S. y Stimson, James A. 1992 "Peasants or bankers? The American electorate and the US economy" en *American Political Science Review* (Washington) Vol. 86, N° 3.
- Mainwaring, Scott y Scully, Timothy R. 1997 "La institucionalización de los sistemas de partidos en América Latina" en *América Latina Hoy* (Salamanca) N° 16.
- Mayorga, René A. 1995 *Antipolítica y populismo* (La Paz: Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios).
- McDonald, Ronald y Ruhl, J. Mark 1989 *Party, politics and elections in Latin America* (Boulder, CO: Westview Press).
- Mishler, William y Rose, Richard 2001 "What are the origins of political trust? Testing institutional and cultural theories in past communist societies" en *Comparative Political Studies* (Washington) Vol. 34, N° 1.
- Molina, José Enrique 1989 *Participación política en Venezuela* (Costa Rica: CAPEL).
- Molina, José Enrique 2000 "Comportamiento electoral en Venezuela. Cambio y continuidad", mimeo.
- Molina, José Enrique 2002 "Introducción" en Alcántara, Manuel y Freidenberg, Flavia (eds.) *Partidos políticos de América Latina. Países andinos* (Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca).
- Molina, José Enrique y Pérez, Carmen 1994 "Venezuela: ¿un nuevo sistema de partidos? Las elecciones de 1993" en *Cuestiones Políticas* (Maracaibo) N° 13.

- Molina, José Enrique y Pérez, Carmen 1999 “La democracia venezolana en una encrucijada: las elecciones regionales y nacionales de 1998” en *América Latina Hoy* (Salamanca) N° 21, abril.
- Njaim, Humberto 1988 “Clientelismo partidista” en Magallanes, Manuel V. (coord.) *Visión general de las reformas. Financiamiento de los partidos. Clientelismo e ideología* (Caracas: Publicaciones del Consejo Supremo Electoral) N° 5.
- Norris, Pippa 1999 *Critical citizens. Global support for democratic governance* (Oxford: Oxford University Press).
- Nun, José 1991 “La democracia y la modernización, treinta años después”, mimeo.
- Page, Benjamin I. y Jones, Calvin C. 1979 “Reciprocal effects of policy preferences, party loyalties and the vote” en *American Political Science Review* (Washington) N° 73, diciembre.
- Paldam, M. 1991 “How robust is the vote function? A study of seventeen nations over four decades” en Norpoth, H.; Lewis-Beck, M. S. y Lafay, J. D. (eds.) *Economics and politics. The calculus of support* (Ann Harbor: University of Michigan Press).
- Paramio, Ludolfo 1993 “Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo” en *Cuadernos del CLAEH* (Montevideo) N° 68.
- Paramio, Ludolfo 1999a “Las dimensiones políticas de las reformas económicas en América Latina” en *Zona Abierta* (Madrid) N° 88-89.
- Paramio, Ludolfo 1999b “Estrategias partidarias y desconfianza política” en *Revista Internacional de Sociología* (Madrid) N° 22.
- Pereira, Valia 1999 “Tiempos de cambios en las actitudes políticas de los venezolanos” en *América Latina Hoy* (Salamanca) N° 21.
- Pereira, Valia 2002 “Partido Proyecto Venezuela” en Alcántara, Manuel y Freidenberg, Flavia (eds.) *Partidos políticos de América Latina. Países andinos* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca).
- Ramos, Alfredo 1999 “Venezuela, el ocaso de una democracia bipartidista” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 161.
- Rey, Juan Carlos 1989 *El futuro de la democracia venezolana* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Rey, Juan Carlos 1991 “La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación” en *Revista de Estudios Políticos* (Madrid) N° 74.
- Sartori, Giovanni 1976 *Parties and party systems: a framework for analysis* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Torcal, Mariano 2000 “La desafección en las nuevas democracias del sur de Europa y Latinoamérica”, mimeo.
- Torres, Arístides 1980 “La ‘experiencia’ política de una democracia partidista joven. El caso de Venezuela” en *Politeia* (Caracas) N° 9.

- Torres, Arístides 1982 “Familia, fiesta electoral y voto. Un análisis del origen de las lealtades partidistas en Venezuela” en *Revista de Estudios Políticos* (Madrid) N° 1.
- Vaivads, Henry 1994 “Las elecciones de 1993 y sus efectos sobre los partidos políticos y el sistema de partidos” en *Cuestiones Políticas* (Maracaibo) N° 13.
- Vaivads, Henry 1998 “La teoría de realineamiento partidista. Una aproximación explicativa para el caso venezolano” en *Cuestiones Políticas* (Maracaibo) N° 22.
- Wattenberg, Martin 1998 *The decline of American political parties 1952-1996* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).
- Weatheford, M. Stephen 1984 “Economic, ‘stagflation’ and public support for the political system” en *British Journal of Political Science* (Cambridge) N° 14, abril.
- Weatheford, M. Stephen 1987 “How does government performance influence political support?” en *Political Behaviour* (Nueva York) N° 9.
- Weyland, Kurt 1998 “Peasants or bankers in Venezuela? Presidential popularity and economic reform approval, 1989-1993” en *Political Research Quarterly* (Salt Lake City) Vol. 51, N° 2.
- Williamson, John 1990 “What Washington means by policy reform” en Williamson, J. (comp.) *Latin America adjustment: how much has happened?* (Washington: Institute for International Economics).
- Zermeño, Sergio 1989 “El regreso de un líder. Crisis, neoliberalismo y desorden” en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF) N° 4.

